REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo XLVI | San José, Costa Rica | 1950 | Lunes 15 de Octubre | Nº 19

Año XXXI — No. 1118

THE LIBRARY OF CONGRESS SERIAL RECORD
JAN 23 1951
Copy

Busto de la estatua de *Balzac*
(Por *Rodin*).

Con BALZAC, en su centenario

Por *Lorenzo VIVES*

(En *Rep. Amer.*)

Ahora, nos anticipamos. No importa. La cuestión es el recuerdo, y él se lo merece, como pocos.

¿Defectos en sus obras? ¡Quién no los tiene! Pero nadie como él, ha sabido describir tan bien la sociedad burguesa de su tiempo, y por cierto, tiempo bien interesante. Del furor de la loca destrucción de la nobleza, se pasa a la creación de otra, nacida en el arroyo, con todas las taras innatas. ¡Cómo no había de psicoanalizar aquellos caracteres grotescos nacidos de la revolución, ávidos de fortuna y de poderes, sin reconocer ni a Dios ni al diablo; dados al que mejor pagaba, fuera un fanático homicida, fuera Bonaparte o bien un Borbón! ¿No son siempre los más allegados los que menos seguridad ofrecen al encumbrado? Carlota Corday fué un símbolo para muchos, que esperaban, como ahora tantos, la caída de los déspotas y el regreso de los decentes. Fouché, Talleyrand, Carnot y los subalternos tanto querrían al Emperador como a Luis XVIII, si éste tenía probabilidades de retornar y ser rey, y así, según soplaron los vientos, se arrimaban al uno o al otro. No tenían reparos en hacer fusilar al digno duque de Enghien, el último Condé, para tener más seguro a Bonaparte, ni los tenían cuando mandaban emisarios al futuro Luis XVIII cuando veían en peligro de eclipsarse la estrella de Napoleón.

Y la sociedad nacida de aquella época turbulenta, en la que la guillotina cortaba testas de todas clases, había de poseer todos los vicios de los pillos y ninguna virtud de los seres de pro. Aquel estado de cosas dió lugar a una burguesía vulgar y grosera que rindió culto al dinero como nunca los nobles asesinados y desterrados lo habían hecho. No importaba la índole del negocio particular: abogados, notarios, toneleros, merceros, banqueros, todos vivían con la brutal ambición de hacer dinero para figurar en aquella sociedad vacía de todo contenido aristocrático.

Pues bien, mientras los románticos de la época basaban sus obras en la desesperación y en motivos eróticos o menos interesantes, Balzac, el infantil Balzac, el de las grandes empresas imaginarias, en las que podía ganar millones, y que vivía siempre a merced de los usureros, retrataba fielmente aquella gente como nadie lo había hecho ni nadie volvió a hacer. ¿Carácter social a su obra? De ninguna manera. Los rusos de ahora, interesados en arrasar todas las clases, menos la oligarquía ha tiempo creada por los conspicuos stalinistas, manosean con excesiva frecuencia las obras balzacianas para ridiculizar a la burguesía de todos los tiempos. Más que nada, lo que quería nuestro hombre, era hacer resaltar las diferencias existentes entre los legítimos valores hijos de la selección con el tiempo y los arribistas de todos los extremos que de la noche a la mañana, sin base moral ninguna, se habían encumbrado fácilmente y hasta obtenido tierras y títulos, a pesar de haber hecho funcionar el aparato del Dr. Guillotin, precisamente para acabar, de una vez y para siempre, con todos los blasones. Legitimista como era, había de sufrir al contemplar tanta maldad, tanta ruindad y bellaquería en aquellos que poseyendo dinero creían tener derecho a escalar puestos inaccesibles para ellos. Y esto es todo el tema de su enorme *Comedie Humaine*, empezada en 1829, y terminada en 1850, año en que la muerte lo citó.

Balzac abre una puerta después de cerrar otra. Cierra la del romanticismo y abre la del realismo, que luego siguen Sainte-Beuve y Stendhal. Algunos lo suponen como el creador de la novela psicológica, y nosotros estamos con ellos siempre que concretemos lo que entendemos por tal cosa. Si ello supone desentrañar metódicamente todo el complejo humano sin consecuencias de y para el medio, diremos que Balzac no lo era; pero, si significa el hecho de aprovechar ciertos caracteres especificados por tal o cual pasión o por tal o cual virtud —que todo tiene sus excesos— habremos de admitir que sí lo era, y bueno. Porque toda su obra, exclusivamente toda, se basa en esos caracteres humanos que determinan ciertos seres y, al mismo tiempo, la felicidad o la tragedia de aquellos que con ellos conviven. En *Eugenia Grandet*, por ejemplo, no es sólo la embrutecedora sed de dinero del vulgarote tonelero Grandet lo que constituye el motivo del drama; forma parte de la trama, también, la estúpida bondad de mamá Grandet, así como la ingenuidad de Eugenia y la pillería de su primo. En *Azucena en el Valle*, tampoco se concreta en describir la hipocondría del desdichado conde, personaje fatal, dominado por un egoísmo homicida, tan explotado luego por tantos autores, sino la inútil fidelidad de Enriqueta y el platónico amor de Félix. No le basta una sola deformidad humana, necesita de otras y también de sus opuestas para concretar todo el tejido de la obra. Y así desfilando tipos y más tipos: el nefasto comerciante que padece frío y hambre para amasar una fortuna que luego no sabe aprovechar; la pobre Petrilla víctima inocente de tales seres envilecidos; el pobre Coronel que creyéndosele muerto, pierde la fortuna, la consideración y la esposa, presentando ya un caso que años después se repite tantas veces acerca de la mujer bígama y de cuál matrimonio es el legal; la esposa perversa que con tal de no restituír la parte de los bienes al marido primero es capaz de la más vil de las villanías, etc., etc.

Y así, todas sus obras son visiones de movimientos constantes en los que no es el cuer-

po de los personajes los que cumplen, sino sus almas. Es por esto que nosotros decimos que sí, que Balzac es un novelista psicológico.

Lo romántico en él pasa a ocupar planos posteriores, casi inapreciables. La realidad es la sustancia medular de sus producciones. ¿Defectos? Quién no los ha tenido... Son tan raros los productores intachables! Su dinamismo, en este sentido, le perdía. Escribió demasiado. Pero, de haber escrito menos, ¿se hubiera librado de aquellos defectos propios de la época? Yo creo que no. Las descripciones, tan abusadas en él, las presentan con caracteres de más fatiga otros autores, Hugo, por ejemplo. Diréis que Hugo, como autor que se sirve de la historia podía hacerlo, pero yo diré que no, pues también, para tales autores es posible la sobriedad. Sí, lo reconocemos: Balzac no fué sobrio y, en algunas de sus obras, *Azucena en el Valle*, por ejemplo, se muestra demasiado amante de la prosopopeya y del atildamiento.

II

Varios factores contribuyeron a que pudiera ser un buen observador de la grotesca comedia humana de todos los tiempos. Primero ciertos hechos que le ocurrieron en el colegio —su obra *Luis Lambert* se basa en ellos — y luego el tiempo que estuvo de pasante en el bufete del notario M. de Merville, primero, y luego en el de Mr. Paosen. En casa de los notarios es donde pudo conocer tantos enredos en la vida privada de muchas familias, que luego aprovechó en su *Comedia*.

Otra nota a su favor es que no necesita el tema fácil del amor para escribir sus obras. Todo lo más que hace, es indicarlo como elemento de segundo rango, para llenar; pero nunca para marcar toda una obra.

Balzac no era ni poeta ni artista. Sus obras, pues, carecen del brillo que otros han sabido dar a las suyas; pero tal vez ello le favorece más que le desacredita, porque ¿qué poesía había de haber entre aquellos individuos vulgarotes que se describen en sus novelas? ¿Qué altisonancia cabía en la avaricia de Grandet o en los malos instintos de los merceros Rogron; o en la perfidia de la esposa de Chabert, o en la maldad de Malín o en el egoísmo del conde de Mortsauf?

Tampoco notamos en él mucha erudición. Sus aportaciones casi se circunscriben en los límites de su tiempo y de su país. Pero, en cambio, tal vez sus obras sean más simpáticas por ello; porque pertenecen a una especie que no necesita de los alardes de una vasta cultura. De haberla tenido, seguramente sus novelas serían menos espontáneas, más artificiosas. Pero, hasta en *Un asunto tenebroso* hace uso de sus conocimientos de Historia contemporánea de un modo modesto y discreto.

Otros hubieran dado a esta obra una tendencia de aventura; él aprovecha el hecho histórico para hacer resaltar aquellos contrastes señalados en otro lugar entre los auténticos y los falsos. Tal vez en esta obra es en donde se recrea más en poner de relieve la poca nobleza de los hombres de aquellos gobiernos del Imperio y de la Restauración, cuya principal divisa era: medrar. Y el mismo anhelo existía entre los subalternos de todas las categorías. No había ideal noble alguno, sólo el más grosero interés de vivir por vivir.

He aquí cómo Balzac, sin pensarlo siquiera, viene a constituirse en un autor que sin basarse en la Historia nos ayuda a conocer la de su país de su tiempo. Entre aquellos burgueses tan bien descritos por él es en donde aprendemos a conocer la trabazón de aquella sociedad de apariencias.

De haber sido más poeta hubiera podido conseguir un retrato más fiel de los representantes de la nobleza caída en desgracia. Procura obtenerlo, pero sin poder conseguir que distingamos en él las delicadezas que debían poseer sus mejores representantes. Y es que Balzac era como era y no podía ser de otra forma.

El hecho de ser él un hombre amante de las grandes empresas, hace que pueda tener éxito en aquellos puntos que tratan del comercio y de la banca; de las especulaciones en la compra-venta y en el alza y la baja de los valores, asuntos que abundan en todas sus novelas, no, tal vez por esta afición suya, solamente, sino porque tenía necesidad de ello al explicarnos cómo aquellos patanes se habían encumbrado hasta lograr alcanzar la nobleza de hecho.

Es tan vasta su obra que resulta inoportuno detallarla. De pequeño escribió ya para el teatro; pero es en la novela en donde se halla a gusto. A toda su enorme producción de caracteres manifestados en tantas novelas, la llamó *Comedia Humana*, y en ella debemos hacer resaltar principalmente, por orden cronológico, las siguientes: *Luis Lambert, Catalina de Médicis, La Psicología del Matrimonio, Los Proscritos, La Mujer Abandonada, El Coronel Chabert, El Cura de Tours, Eugenia Grandet, El Médico de Pueblo, El Padre Goriot, En Busca del Absoluto, La Mujer de Treinta Años, Azucena en el Valle, César Birotheau, Petrilla, Un Asunto Tenebroso*, y tantas otras. Su facilidad era extraordinaria. *El Coronel Chabert*, una de sus mejores obras por la unidad y por la espontaneidad que manifiesta, la escribió en un mes.

No se cansa en describir caracteres. A todo acude. Sus personajes son hallados por doquier: en el comercio, en el ejército, en la política, en los bufets de abogados y notarios, entre los médicos, en la iglesia, en la nobleza, en el campo...

Decíamos que Balzac nos ayuda a conocer la historia de aquella Francia post-revolucionaria, del Imperio y de la Restauración, porque nada hay que convenza tanto como el conocimiento de las costumbres, y por él se adentran en nosotros aun sin querer. Y sin querer, también, conocemos algo que los filósofos no han sabido o no han podido hacernos poseer, y es la íntima relación que siempre ha existido entre el hombre y su medio. Después, si uno pone atención, recoge de él ideas, muchas ideas, pues en sus razonamientos no hay disquisiciones netas, sino advertencias sobre tales y cuales defectos de constitución. Señala la falla, pero deja entrever el remedio.

Zolá sigue a Balzac, pero en seguida lo deja para coger un camino distinto. Analiza también, mas se va a lo más grotesco de la bestia. Balzac sabe detenerse ante ciertas puertas que considera que deben permanecer cerradas.

Y ¿qué decir más de este magnífico representante de aquella élite tan rica y compleja del París del ochocientos? Que supo mantenerse original siempre a pesar de estar en contacto con tanto genio en todas las manifestaciones del espíritu.

Estoy seguro de que una re-edición de sus obras sería acogida con gusto e interés, incluso para los jóvenes que andan desorientados en busca de valores auténticos guiadores.

Cerramos este homenaje tributado al autor francés con el emocionado fervor que ha sabido despertar en nosotros por la sencilla sinceridad del que sabe que ha de ser ilustre; pero que teme no serlo.

Finca *Monticel*.
Cervantes, junio de 1950.

ENTÉRESE

Los autores latinoamericanos que quieran vender sus libros a Universidades o instituciones culturales de los Estados Unidos, pueden dirigirse a

RÓMULO TOVAR

en 938½ SO Magnolia Ave.

Los Angeles 6. California.

También se desean corresponsales en materias jurídicas latinoamericanas en los países del Continente y se ofrecen informes sobre asuntos de esa índole.

Ramón Roa y José Martí

Por *Andrés* IDUARTE

(En *Rep. Amer.*)

De la imprenta "El Siglo XX" de La Habana acaban de salir tres gruesos volúmenes, en cuarto, con un sumando total de mil páginas, bajo el título de *Con la pluma y el machete*, que contienen las obras completas de don Ramón Roa (1844-1912), compiladas, anotadas y prologadas por su nieto, Raúl Roa. La edición ha sido auspiciada por el Ministerio de Educación de Cuba y es presentada por la Academia de la Historia. El primer tomo se abre con unas palabras, "Al lector", del doctor Emeterio S. Santovenia, y un prólogo de quince páginas del Doctor Raúl Roa. Siguen (en el primer tomo), bajo el rubro de "Memorias de la manigua" —rubro del compilador, atinadamente inspirado, como todos los demás y como el propio título de la obra, en el espíritu de ella— el tan mencionado y poco conocido libro *A pie y descalzo* y el hasta ahora inédito en parte, *Montado y calzado*, y bajo el de *Mambises conocidos y desconocidos*, breves y útiles biografías. En el segundo tomo se reúnen "Guitarra del soldado", versos de Ramón Roa sobre la guerra, hechos durante la Guerra de Diez Años, o, más tarde, sobre ella; "Toga calada", en donde se encontrará el *Convenio del Zanjón* y otros documentos importantes del autor; "Paso a la funerala", artículos

sobre los grandes de la guerra; y "Centinela del pasado", en que se incluyen otros de aniversario y rememoración. En el tercer tomo: "Holganzas de vivac", "Vigilia del patriota", y "Ultima carga" —éste es un discurso sobre Ignacio Agramonte, escrito para ser leído en Camagüey, lo que impidió la muerte de Roa — más un "Toque de silencio", artículo necrológico de Manuel Sanguily sobre el amigo muerto, y muy importantes "apéndices", documentos políticos, cartas públicas o íntimas de Roa o para Roa, que muestran su vida de soldado y completan su biografía, muchos muy importantes para la historia de Cuba. Ilustran los volúmenes varios retratos de Roa y de los personajes más importantes de su vida: Juan Manuel Macías, Ignacio Agramonte, Julio y Manuel Sanguily, Domingo Faustino Sarmiento, Benjamín Vicuña Mackena, José Antonio Páez— dos facsímiles, etc. La obra —ya se ve— ha sido preparada por el nieto con esmero, orden, tino y amor ejemplares.

"SELECTA"
La Cerveza
del Hogar
EXQUISITA Y SUPERIOR

Es importante en sí porque presenta, por primera vez, los escritos y documentos de un patricio cubano —y sobre él— héroe de la Guerra de Diez Años, que fué —entre otras cosas— ayudante-secretario de Ignacio Agramonte, secretario de Máximo Gómez y de Julio Sanguily, teniente coronel del ejército libertador de Cuba, Secretario de Relaciones del gobierno presidido en la manigua por Tomás Estrada Palma, en suma hombre-clave para el entendimiento de una época capital de la historia de la Isla. Es también importante porque reúne la literatura de autor que mereció el elogio de sus más ilustres contemporáneos —Varona, Manuel Sanguily, Manuel de la Cruz, Martí— cuyos versos patrióticos fueron considerados, por el último, como "los más originales". Lo es porque presenta la vida de un joven inquieto, ligado a hombres como Sarmiento, Vicuña Mackena y Páez en función de cubanidad e hispanoamericanidad que recuerdan la de Hostos, Martí y otros antillanos ilustres. Y a todo esto se añade, y aun se antepone en un plano moral, el hecho de que es una reivindicación plena de una figura histórica en gran medida olvidada y mal conocida. También da relieve a esta publicación el de que sea presentada por Raúl Roa, joven ya ilustre de nuestra generación, caracterizado, como su abuelo, por el temple y el talento. La veneración del nieto por el abuelo es índice de lo que aquél valía; y para el conocimiento del nieto, actuante en la vida cubana contemporánea, mucha importancia tienen estas raíces, hoy visibles, del abuelo. De modo que el libro alcanza un siglo de vida política cubana.

No es deleznable la prosa de Ramón Roa. En *A pie y descalzo* cuenta en excelentes páginas su odisea de insurrecto perseguido de cerca por las tropas españolas, hambriento y sediento, perdido en los vericuetos del campo, errante bajo un sol de fuego. Esa sensación de angustia se transforma en *Montado y calzado* en otra opuesta, de euforia: vemos a los cubanos de la Guerra Grande a caballo, tendido el galope, el machete en alto, o segando cabezas en encuentros homéricos, y nos transporta la emoción guerrera. Buen perfil tienen los campesinos del primer libro, muy vigoroso los combatientes del segundo. Un mundo atormentado y un mundo glorioso están presentes en los dos. Resaltan la abnegación y la valentía de aquella lucha patriótica, larga y áspera, sostenida contra un clima matador, a pesar de un pobre avituallamiento y de un enemigo superior en armas. Los que no conocen las insolaciones del trópico, la pobreza de sus breñales, ni tienen noticia del denuedo con que se peleó en Cuba por la independencia, podrán apreciarlos con estos documentos de la fe y la reciedumbre cubanas. Hay figuras de epopeya, entre las que indudablemente destaca la del *Mayor*, la de Ignacio Agramonte, valiente, firme, fino, generoso, sentimental, culto, que nada tiene que envidiar a ningún otro héroe histórico o legendario. Siguen la de Máximo Gómez, gran jefe de campaña y de vivac, áspero y fraternal a un tiempo mismo, y la de Julio Sanguily, el que por sus heridas no podía tenerse en pie, pero batallaba sobre su ardorosa cabalgadura. No podía faltar —en Cuba, tan unida a nuestro México— un mexicano, y allí está Gabriel González, de primer relieve entre los batalladores, quien muchos años después escribe una carta a su más íntimo amigo, Ramón Roa, de tono cordial, ponderado, buído, socarrón, zumbón —excelencias mexicanas (tomo III, 280). El mismo Roa pelea allí, sobre su caballo "Perrotudo" —que nunca olvidará Máximo Gómez— con el buen gusto de no quitar, por vanidad de autor, la escena a los demás. Entre buenos cubanos, no falta, ni puede faltar la broma y el chiste, y una como complacencia en dejarse ir viviendo sin cólera ni amargura, aunque no sin fuego ni sin ímpetu. No es este el sitio ni el momento para hacer el elogio del trópico, que ya inició Gabriela Mistral hace años; pero sí para recordar, a quienes lo han olvidado, cuánto valieron aquellos que fundaron una nación libre bregando en sus campos deslumbrados y ardientes. Lo entendemos plenamente quienes hemos tenido ocasión de ver a su pueblo en pacífica labor, el modal suavizado y desmayado por el termómetro, la imaginación siempre encendida por la luz, haciendo libros, dictando cátedras, sembrando la tierra, levantando un gran país pequeño; y quienes hemos tenido la de admirar a sus hijos en labor guerrera, voluntaria y emocionada, desafiando la metralla del combate moderno por cielo y tierra de España, pereciendo con tanto arrojo como sencillez, —oh sombras envidiadas de Pablo de la Torriente Brau, de Alberto Sánchez, de Raigorowsky, de Benito Diéguez, caídos cuando es dicha caer, llenos de fe en la vida y de amor por el hombre...

En esos relatos —que son, sin duda, lo mejor de la literatura de Ramón Roa— y en todos los demás artículos, ha de subrayarse la devoción cívica de quien nunca dejó de servir a Cuba, recordándole sus glorias, renovándole sus virtudes, presentándole sus ejemplos. En muchos de ellos, incluso en los más breves e incidentales, el apunte nostálgico embellece la prosa.

Como poeta de la guerra también merece Roa esta edición: sus décimas y sus romances —que el nieto ha recogido de viejos papeles familiares, de archivos amigos, de publicaciones de la época— son fáciles, a menudo graciosos, siempre —como Martí apuntó en su prólogo de *Los poetas de la guerra*, Nueva York, Patria, 1893— "originales". Roa tiene uno de los primeros lugares entre los más conocidos juglares de la contienda insurgente —Luis Victoriano Vetancourt, Miguel Jerónimo Gutiérrez, Antonio Hurtado del Valle, José Joaquín Palma, Antenor Lescano, Francisco La Rúa, etc.— a quienes el celo patriótico de José Martí reunió dos años antes de su caída.

El aprecio de sus contemporáneos —por el escritor y por el hombre— puede tenerse idea en varios de los juicios que el nieto recoge en el "Apéndice". Enrique José Varona dijo en la *Revista Cubana*, en 1890, recién publicado *A pie y descalzo*:

> La historia de la revolución de Cuba es para muchos cubanos algo semejante a los resplandores de lejano incendio.. Las virtudes que reveló de súbito el pueblo oprimido de la colonia habían quedado en la sombra... Las páginas sencillas y patéticas en que uno de los náufragos de esa época tormentosa refiere los episodios de una larga peregrinación a través del teatro de la guerra, entre peligros inauditos y privaciones mayores que esos peligros, vienen muy a tiempo para continuar la obra de la revelación que han emprendido algunos espíritus sinceros. Son como un poderoso foco de luz proyectado donde la sombra es más espesa; porque pone en realce lo más importante y significativo del período revolucionario, su aspecto moral, hasta hoy torpemente adulterado o completamente desconocido... Por esta razón el opúsculo del señor Roa tiene para nosotros valor inapreciable; y quedará como documento de subido precio para buscar en los hechos históricos no el elemento dramático que excita la curiosidad, sino el elemento humano en que radica el ejemplo y la enseñanza. En épocas como la nuestra, en que parece torturar a los espíritus hastiados el apetito de lo monstruoso y salvaje, nada hay tan for-

tificante como el ejemplo de esas hazañas sin aparato, sin escenario, que consistieron en el sacrificio espontáneo de millares de vidas en las aras de un ideal remoto; de los innumerables que cayeron y sucumbieron sin nombre ni gloria, para obtener para otros los bienes humanos de más precio: el honor y la libertad. (Tomo III, 190-191).

Manuel de la Cruz —quien, digamos de paso, publicó años después sus *Episodios de la Revolución cubana*, siguiendo los datos y en ocasiones los relatos, casi íntegros, que le regalara la charla cordial de Roa— dijo el 20 de octubre de 1890, en *La Habana Elegante*:

Poco a poco, como paisaje que se ilumina lentamente, va surgiendo a los ojos de la posteridad el grandioso panorama de la revolución cubana... Hoy vamos a ocuparnos, aunque no con toda la latitud que quisiéramos, de un nuevo libro sobre la guerra de Cuba, escrito por el señor Ramón M. Roa, ayudante secretario del general Ignacio Agramonte y, posteriormente, secretario de los generales Sanguily y Gómez, secretario de Relaciones Exteriores durante la presidencia de Estrada Palma, que con otras ocupaciones de menos importancia, pero no menos útiles, sirvió, con tanta inteligencia como lealtad, la causa de la República, por la que abandonó brillante acomodo en la Argentina, donde le esperaba porvenir más risueño que el de recorrer nuestro suelo, a pie y descalzo, desde las lomas de Trinidad hasta las montañas de Cuba, en busca de fusil y pólvora par aperecer combatiendo por la emancipación de la patria... *A pie y descalzo* es un grito de combate que en alas del eco que lo trae a nuestros oídos se convierte en patética elegía; es como un epitafio escrito con sangre, cuya leyenda es: abnegación; y que lo mismo a los muertos que a los vivos los unge para la apoteosis de la inmortalidad en el tribunal vindicador de la historia... El relato de una de aquellas bandas de peregrinos, de la que fué más lejos y acaso sufrió más peripecias, relacionándola con las demás, es el asunto del libro del señor Roa. El lector no podrá llenarse de entusiasmo contemplando la caballería arrasando al contrario... ¿Qué asunto pueden ofrecer a la musa épica pelotones de hombres descalzos, desnudos, hambrientos y sin armas? Su heroísmo está en su perseverancia, en su fe, en su dignidad... La abnegación vale la mejor proeza: aquellas legiones bien valían lo que los lauros de la más reñida de las batallas... El libro del señor Roa, en suma, vigoriza y fortifica; leyendo sus páginas concisas y sobrias nos sentimos orgullosos de ser hermanos de esos que, sin exageración, podríamos llamar fundadores del patriotismo cubano... (Tomo III, 193).

Y Manuel de Sanguily escribió en *La Lucha*, el 7 de noviembre de 1890:

Con este significativo título, que pudiera servir de tema a la leyenda del judío errante, ha dado a la estampa el señor Ramón M. Roa un libro interesantísimo, que es historia pura, triste, grandiosa, conmovedora, como que relata al pormenor, con fidelidad absoluta, una de las etapas más notables que atravesó la revolución cubana, aquella en que más se puso a prueba y en que llegó a mayor altura la abnegación, el sacrificio, el patriotismo de los cubanos revolucionarios... Es una narración sencilla, natural, en estilo llano y claro que se adapta al asunto a maravilla, que a veces es castizo y puro como el del más habituado al trato de los maestros del idioma, y siempre ostenta el colorido necesario, el relieve, la con isión del que no rebusca el efecto porque conoce la fuerza de su propio asunto. Esto quiere decir que el libro del señor Roa ha logrado cumplidamente su primer propósito: componer un libro que vaya en derechura al corazón del pueblo cubano, que ha de ver en las páginas de *A pie y descalzos*, un retrato, tan verdadero como grandioso, de su pasado heroico, de los milagros de su civismo... Más que con admiración, con pasmo, se lee un libro en que todo es sombrío, desgarrador, o para decirlo de una vez: en que asistimos a la epopeya de la abnegación... El señor Roa, en suma, ha hecho historia, la historia que enseña y vigoriza. Lo que su libro demuestra no debe echarse en olvido... (Tomo III, 194).

El mismo Manuel de Sanguily dijo a la muerte de Roa, en *El Fígaro*, el 14 de enero de 1912, entre otras alabanzas:

El lunes de esta semana fueron conducidos al cementerio general los restos mortales de Ramón Roa, parte del camino en hombros de veteranos de la independencia; porque él había servido a la misma causa con resolución, constancia y abnegado patriotismo en la guerra de los diez años, durante la cual llegó a obtener el grado de teniente coronel... Las vicisitudes de aquella larga campaña le hicieron recorrer toda suerte de alternativas y desempeñar diversidad de funciones, ya de expedicionario, ya de literato y de poeta, ya de guerrero, ya de negociador. Tocóle la mala fortuna, inevitable e ineludible, por su competencia y prestigios, de intervenir en las condiciones del convenio del Zanjón, como miembro del que se llamó *Comité de la Paz*; y por cierto que, ante el desbordamiento de inconformidad e iracundo desagrado que como violenta racha levantó aquel acontecimiento lamentable, principalmente entre los cubanos que no habían concurrido al campo mismo de la lucha, publicó un opúsculo vindicando el patriotismo y la honra de sus compañeros de la guerra, y que más que otra cosa fué el grito de protesta de un noble corazón herido por la ceguedad y la injusticia. Y todavía tuvo que someterse a mayores tristezas, a la honda tristeza —él, sincerísimo cubano, carácter rebelde e indomable— de depender de un puesto administrativo, para sostener, primero a su anciana madre, y luego a una familia cada vez más numerosa. Enfrente de la miseria de las cosas, y envuelto siempre como en una atmósfera de escepticismo y desaliento, llevaba continuamente en el alma el vivo recuerdo de las pasadas glorias, enlazado íntimamente con las memorias excelsas de los caudillos vencidos e inconformes, y de los héroes muertos; y así se convirtió en su constante e infatigable apologista... (Tomo III, 158-159).

Máximo Gómez, que le profesó una amistad constante, le escribía el 11 de febrero de 1903:

Ninguno como tú, que jamás te has manchado con la mentira, puede escribir episodios de aquella hermosa y honorable época. Escribe. (Tomo III, 284).

Y sin embargo, este hombre y su libro recibieron dos violentas arremetidas: una de Enrique Trujillo, Director de *El Porvenir* de Nueva York, deleznable pues no era este hombre de muchos prestigios; y otra, grave por el tono y por venir nada menos que de José Martí. Este, más de un año después de publicado *A pie y descalzo*, cuatro meses después del ataque de Trujillo —en su magnífico discurso de Tampa, de 26 de noviembre de 1891 — dijo que al autor "azuzaba el miedo y las tribulaciones de la guerra" y pretendía "asustar (a los cubanos) con el sacrificio mismo que apetecían'. Tales frases, y otras injuriosas para Roa, fueron causa del más grave incidente personal que tuvo Martí en su vida de político, que estuvo a punto de terminar en duelo con el general Enrique Collazo. Este peleador heroico de la Guerra Grande, y luego de la del 95, uno de los amigos que animaron a Roa a publicar el libro, escribió a Martí una carta —firmada por tres patriotas más— haciendo la defensa de Roa y devolviendo sus graves reproches con otros de no menor gravedad, y afirmando que todos ellos "vivían en Cuba cara a cara al gobierno" y "eran entonces lo que habían sido en 1878", y esperando "estrecharle la mano (a Martí)

JOHN M. KEITH, S. A.
SAN JOSE, COSTA RICA
Agentes y Representantes de Casas Extranjeras
Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)
Máquinas de Calcular MONROE
Refrigeradoras Eléctricas NORGE
Refrigeradoras de Canfín SERVEL
Balanzas "TOLEDO" (Toledo Scale Co.)
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)
Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)
Pinturas y Barnices (The Sherwin-Williams Co.)
Duplicador GESTETNER (Gestetner Ltd. Londres)

en la manigua... si de nuevo llegase la hora del sacrificio", en la que —sugería Collazo ofensivamente— Martí seguiría "dando lecciones de patriotismo en la emigración, a la sombra de la bandera americana" (tomo III, 187). Martí contestó en su famosa carta del 12 de enero de 1892 (todas sus conocidas cartas citadas pueden verse en el *Epistolario* de Lizaso o en las ediciones de sus obras completas, Trópico o Lex) justificando sus dicterios contra Roa, aun ampliándolos y aguzándolos, e invitando a Collazo para "una visita inmediata, en el plazo y país que le parecieran convenientes". Ya en vías de arreglo, por la intervención de comunes amigos al servicio de la Independencia de Cuba, Collazo dijo a Martí, —entre otras cosas— en carta de 24 de enero, que por primera vez se publica ahora (tomo III, 188):

> Le produjo pesar mi infortunada carta del 6; lo siento. Sin su discurso pronunciado en Tampa no la habría escrito y firmado. No me culpe. Suya es la culpa. Dice usted "que si es noble decir la verdad, lo noble es decirla toda". Pues lo noble es lo hecho en *A pie y descalzo*. Quería usted que se relataran sólo victorias y proezas. Para no faltar a la verdad es preciso contar lo favorable y lo adverso. Lo primero alienta: lo segundo fortifica y prepara para los días tristes... El relato es fiel y exacto; así lo certificamos quienes vivimos hoy aquí y estuvimos en el momento del peligro; ¿quién de nosotros no tuvo días iguales? Aquí aplaudimos su publicación A ninguno se le ocurrió lo que a usted, o al menos a nadie le oí cosa semejante: está escrito para ser leído por hombres; para servir de experiencia, para que a la hora del sacrificio vayan con pleno conocimiento y con ánimo fuerte, para evitar arrepentimientos, para hacer ver que no falta el valor para arrostrar la muerte, es preciso además una abnegación sin límites. En la guerra de Cuba lo de menos era el peligro de morir, era preciso fuerza de voluntad y patriotismo para sufrir el hambre, la sed, el cansancio y el andar descalzo y desnudo. Para decir eso se escribió *A pie y descalzo*... Me dirigí a usted porque nos ataca en nuestra vida y en nuestra honra y firmamos varios para darle fuerza y vehemencia a la protesta de tan injusto ataque. Como me pregunta qué he hecho en estos doce años se me ocurre contestarle, descansar de los diez que duró la guerra...

Agregaba que "en cuanto a saludarse en donde se vieran" había sido Martí quien "calumnió y con prioridad", decía que "le sería agradable... ir allá para tener el gusto de verlo", lamentaba "que su falta de recursos y su sobre de trabajo no se lo permitieran" y lo dejaba para "algún día". Era ya visible, aun sobreviviendo el fuego de la disputa, un deseo de conciliación, en aras de la causa común. Aunque Martí siguió explicando en cartas privadas la razón de sus dichos, aceptó gustosamente el fin del incidente, establecido en el acta firmada en La Habana el 26 de enero de 1892 por Collazo, Manuel Rodríguez y José María Aguirre, de una parte, y Teodoro Pérez Tamayo y Ramón Dobarganes —comisionados por los emigrados de Cayo Hueso— de la otra. Dos años después Martí haría el elogio de los versos de Roa en su prólogo a *Los poetas de la guerra* y hablaría de él con afecto y confianza de cofrade. Martí y Collazo, tras aclaraciones varoniles y un abrazo fraternal, organizarían juntos —juntas la vieja y la nueva guerra, el cubano de la Isla y el de la emigración, vencidas "las reservas de la antipatía", "las diferencias de la distancia", según las hermosas palabras de Martí— y juntos marcharían a la guerra final. Roa, sitiado por la vigilancia española en Santa Clara, "intentaría... en vano... trasladarse a la región oriental" e "impotente y asediado" tendría que alejarse del teatro de la lucha, y marcharía con su numerosa familia a Islas Canarias. Vuelto a su patria, se consagraría al recuerdo de su guerra, de la Guerra Grande, y a la exaltación de la figura de Ignacio Agramonte; pero sin escatimar el elogio al hombre que cada día más asciende en el cielo de Cuba y de Hispanoamérica. En 1902, dice en carta a Fernando Figueredo, que "los acontecimientos posteriores surgieron potentes e incontrastables, dirigidos por la patriótica tenacidad de José Martí" (tomo III, 242); en 1905, en un artículo en *La Discusión*, le llama "el gran José Martí" (II, 270), y en otro dice que "el genio de José Martí y la voluntad inquebrantable de Bartolomé Massó reprodujeron el incendio de Yara" (III, 106). El 17 de junio de 1911, "aniversario de la muerte del General Máximo Gómez", dedica a Martí un emocionado soneto (II, 132). "Más tarde —dice en su "Examen de conciencia", en 1911, epílogo a su *Montado y calzado*— acontecimientos imprevistos cambiaron nuestra escena, como el advenimiento del hombre extraordinario que fué José Martí, inventor imponderable de unir por primera y única vez a los cubanos de la emigración... organizándolos y poniéndolos de acuerdo con Bartolomé Massó y sus escogidos compañeros dentro del patrio territorio, para determinar una acción común" (I, 221-223). Ve y aprecia las dos mitades que unidas, lograron la independencia de Cuba, reconoce y alaba la capacidad de Martí para unirlas, no sin insistir en el básico mérito de la suya, de la propia, ni sin dejar de sostener la pureza y rectitud de sus propios principios. "Tal parece que el Zanjón —del cual, rectificando sus opiniones, dijo el gran Martí: "me dan ganas de exclamar ¡bendito sea!"..., fué un hecho providencial y hasta necesario, a no dudarlo, para la Independencia de Cuba" (II, 300). El duro trago que le costó la paz del espíritu —recuérdense las frases de Sanguily ya citadas— no fué inútil. Eso lo levanta y lo consuela. "Parece a ratos que respecto al titulado pacto encaja bien la metáfora de Zorrilla: "Es una planta maldita—con frutos de bendición"; pues de aquel abominable *contubernio* (él subraya la palabra) surgieron los benditos, los experimentados libertadores de la patria" (III, 259-260). Y "ve con orgullo irreprimible —dice en su "Examen de conciencia"— que, en afanes patrióticos, poco tiene que reprocharse", y agrega: "ni una pizca de rencor alberga mi espíritu, asaz abatido por el infortunio, de aquel doloroso incidente; pero sin abandonarme nunca el melancólico estupor de quien vese de pronto agredido sin provocarlo ni quererlo. ¡Que mi vida (dice recordando la célebre frase de Martí, a la que él también tiene derecho) puede juzgarme también" (I, 223).

Esta frase toca, limpia y precisa, el grano de la cuestión: el joven de familia rica que consagró la vida a la patria y la terminó pobre; que en Nueva York convivió y colaboró con Vicuña Mackena, José Antonio Páez y Domingo Faustino Sarmiento —los grandes se encuentran— y recibió estimación y ternura paternales del gran argentino, quien lo llevó a su patria a modo de secretario; que renunció a su feliz acomodo en tierra libre y próspera, despidiéndose de su jefe para engrosar la dramática guerra del 68 (hay como una carrera de relevos, y una estirpe, de la grandeza: veintiocho años antes el joven Sarmiento se despedía en Chile de su protector el Ministro Montt para sumarse a la también dura expedición antirosista del General Lamadrid); que no sólo resiste, sino saborea y cuenta, el horror de la persecución, el fragor de la guerra heroica; completo varón de pluma y de machete; que ha de cargar con el fardo de la Paz del Zanjón, a que lo obliga su cargo; que sosoporta pobreza y burocracia bajo el gobierno colonial, "cara a cara a él", "siendo el mismo de 1878", como precisó Collazo; que atado por la vida contempla la nueva gesta libertadora; que no deja de cantar la patria, ni de llamar a los hombres al bien cívico y a la admiración de la grandeza; y que, tomando de la mano al nieto que le nace en 1907, le deja la fe en una Cuba grande y sin rencores, merece todo el honor y la veneración de su patria. Esa es la historia. La otra es sólo la historieta: que, recriminado por Martí, quien vuelve a Cuba ansioso de lucha de su primer destierro y le pide participación en la Guerra Chiquita, se revuelve y lo increpa por su ausencia de la Guerra Grande; que, juntos en 1879 en el barco que lleva a Roa enfermo, y a Martí deportado, a España, lo llama "Cristo inútil" (según Martí recuerda cuando el penoso incidente), que, otra vez en contacto en España, Martí le cuenta que tiene España por cárcel y se le ha dicho que de abandonarla recaerá el peso sobre los demás cubanos presos en Cartagena, y Martí se va a México (según reprocha Roa a Martí cuando el incidente, en respuesta a sus reproches); que Martí arremete contra él en un discurso patriótico, y luego insiste en su vehemencia en cartas privadas... Esa es la historieta, la minucia de la vida común a todos los hombres de carne y hueso a los que la tuvieron palpitante y los tuvieron de acero como Roa y Martí. La endeble historieta creció después de la muerte física de los próceres, con la publicación, forzosamente incompleta en el primer momento, de los documentos relativos al incidente, y sobre todo con el comentario, de fuente unilateral, a menudo pasajero y ligero, de la áspera polémica. Y esa es la importancia de los tres tomos publicados por el nieto de Roa; que paran limpiamente la historieta, y dan paso fir-

En Caracas, consigue la suscrición
al *Repertorio* con

Dña. Celia Lang de Maduro

Apto. Correos Nº 461. Caracas.

—o—

En Chile, la consigue con

GEORGE NASCIMENTO y Cía.

Santiago, Casilla Nº 2298.

—o—

En Guatemala, con

Doña MARTA DE TORRES

En la ciudad de Guatemala.
(Callejón Escuintlilla, 8)

—o—

En El Salvador, con el
En Santa Ana (Liceo Santaneco)

Prof. ML. VICENTE GAVIDIA

me a la historia, para gloria de Martí y de Roa y para mayor gloria de la independencia cubana. Hay un hombre genial que ocupa altísimo sitio en el nacimiento y formación de la patria cubana y, además, en las letras hispánicas; hay un héroe de machete y pluma, que aguantó el sacrificio de aceptar una paz inevitable después de diez años de blandir la espada, sobre el que cayó el ataque vehemente de un compañero ilustre, y no perdió el paso viril y sereno en servicio de su patria. Los tres tomos de documentos, y el prólogo tan lúcido como cordial, tan ponderado como emotivo del nieto, no excluyen ni restan, sino juntan y suman. Es que —veámoslo así, mirando bien y con perspectiva histórica— es que el nieto es tan nieto de Roa, su abuelo de sangre y de virtud, como de Martí, abuelo y padre ya de todos los buenos cubanos, de todos los buenos hispanoamericanos. Armoniza las viriles voces de los grandes abuelos, sigue fundando la patria nueva, total, mejor.

Una nota de altura, que no queremos dejar de señalar, la encontrará el lector en las "Ultimas disposiciones, ruegos y súplicas" de Ramón Roa (III, 301-302), de las que basta sólo este comienzo revelador de un alma grande y humilde:

> Deseo que se me dé sepultura en cualquier lugar destinado a enterramientos, prefiriendo siempre el que resulte más barato.
>
> Que en defecto del carro de *La Lechuza*, se me conduzca en el que lo haya sustituído para servicio de los pobres.
>
> Que por ningún motivo se deposite mi cuerpo en otra forma que en contacto con la tierra; ni se señale el lugar con lápida ni otro signo de vanidad; pues para recuerdo de mis sucesores bastará con la tradición familiar...
>
> Recomiendo absoluta libertad de conciencia en religión y en política; y tolerancia recíproca entre mis descendientes...

Y una nota de ternura en el relato que nos hace Raúl Roa de sus paseos infantiles con el anciano, por el barrio de La Víbora, oyendo sus relatos de la guerra grande. El viejo lo llamaba "hermano", él llamaba al abuelo "manito". ¿Y no vendrá este "manito" de nuestro México, de la amistad de Ramón Roa con el mexicano Gabriel González?...

Sobre Raúl Roa, hay mucho que decir, pero no es la hora. Será cuando hagamos las estampas cubanas que bullen en quien ha vivido dentro del espíritu de Cuba —por la lectura de sus escritores, por la vecindad física y espiritual de la costa de México, por lazos ancestrales en que aparecen abuelos míos desterrados en Cuba, grandes cubanos en contacto con mis gentes de Tabasco y de Campeche; por la fraternidad con la juventud cubana en el París de 1928, desde el México de 1930, en el Madrid de 1936— o cuando nos refiramos a alguno de sus libros o de sus nobles gestos cívicos. Baste aquí decir que su obra de recolección y compilación —empresa preñada de amor a la justicia, bien llevada a cabo, equilibrio de academia y humanidad— es de las que merecen la más sana envidia.

La Habana, julio de 1950.

PUERTO RICO en su AMÉRICA

A propósito de "Tierra Nativa"

Por *Juan Antonio* CORRETJER

(En *Rep. Amer.*)

A propósito de *Tierra Nativa*, mi libro de versos que va ahora a la imprenta, y pues son tales los tiempos que corren, he pensado en la conveniencia, para que nadie se llame a engaño, de publicar anteriormente estas notas.

1.—La poesía puertorriqueñista anterior a nuestra generación cumplió su cometido. Vidarte y Gautier con su sentimental exaltación; José Gualberto Padilla con su sátira política y su trunca intentona de síntesis; Pachín Marín con su iconoclastia saludable y revolucionaria; de Diego, con sus grandes cantos civiles. Lleno de sentido histórico y vitalidad campesina Llorens intenta trascender la extracción de lo pintoresco que, *en Pueblito de Antes*, Virgilio Dávila nos dió con deliberado propósito.

Pertenece a la poesía puertorriqueñista de nuestra generación el deber irrenunciable de hacer pasar nuestra lírica nativista de lo pintoresco a lo típico. Tarea de crítica futura, crítica de balance, será la de señalar cuantos de nosotros tuvimos conciencia de ese esencial deber lírico de nuestro tiempo, cuantos lo percibimos con prontitud, cuantos hemos intentado cumplirlo y a quienes ha cabido el privilegio de lograrlo.

Desde que hace 20 años escribiera *Agueybana*, mi primer cuaderno de poemas, se me puede ver buscando ese camino. Desde luego que quisiera, con todas las fuerzas de mi espíritu, haberlo encontrado y transitado. Y, si no en libros anteriores, por lo menos en este *Tierra Nativa*, o en mi libro, aún inédito: *Los primeros años*.

No hay que decirlo. Al afrontar tarea tan difícil y escabrosa como la de trasponer el linde entre lo pintoresco y lo típico, ni los recursos técnicos, ni la imaginación, bastan. Si hay un momento de creación patriótica en el que a la suficiencia lingüística, a la capacidad ejecutante y a la abundancia imaginativa han de añadirse y sin falla espontaneidad y sinceridad irreprochables, tal momento es este en que se acomete la gran tarea. La más mínima simulación de afectos derrumbaría el esfuerzo artístico más robustos. Y en esto sí que puedo enarcar el pecho orgulloso. Jamás escritor ha amado con amor más tierno y profundo que yo estos lugares, estos nombres, estas cosas que dan asiento, denominaciones y contorno a estos versos que tienen para mí, por encima de todo otro valor real o imaginado, el de haber brotado de los tenues más hondos y sensibles de mi alma al familiar conjuro de esos lugares, de esos nombres, de esas cosas.

II.—Canto mi patria, los lugares, los nombres, las cosas que en mi patria amo más. Mi canción es canción patriótica. Pero yo no soy del tiempo de Vidarte, ni de Gautier, ni de Pachín, ni de Diego, ni de Virgilio Dávila, ni de Llorens. Porque la patria se mueve en el tiempo, porque la identidad se sostiene con el desarrollo (que es encarnizada lucha de opuestos), porque la morfología es la única eternidad, de mutables accidentes y humanos sentimientos se compone mi canción. Pero he aquí que, por ello mismo, a cada movimiento de la patria en el tiempo corresponde un equivalente entendimiento de la patria, un tipo de patriotismo y de patriota, sin que en ello se contenga desprecio a lo pasado, sino sentido de continuidad, de movimiento, de vida. Hombre de mi siglo, para mí la patria es la bandera y el himno, pero es también y sobre todo, el derecho del pueblo al disfrute en común de la riqueza de su territorio. Quiere esto decir que mi patria es la patria de mi pueblo, no la de sus explotadores nacidos sobre sus hombros y aliados con sus déspotas extranjeros.

III.—Desde luego que *pueblo* no es para mí lo que fué para José Gautier Benítez, ni

para José de Diego, ni para Luis Llorens Torres. También el concepto de pueblo se ha movido en el tiempo. Para mí significa lo que ahora, lo que ha significado desde que en 1917 comenzóse a escribir la historia desde abajo. Quiero decir que, esencialmente, para mí el pueblo es la clase obrera, dueña de su propia ideología, de su propia organización y de su propio canto.

Es de su propio canto patriótico y cordial, entero y combatiente, de lo que cabe hablar en este caso. La poesía patriótica de la clase obrera ha llegado ya a su punto de sazón y deleite. Lejos estamos de aquella detonación intempestiva cuando —lo dice el nunca bien llorado Aníbal Ponce— "el autor se vanagloria de haber cumplido con sus ideales revolucionarios porque ha lanzado sobre su público paciente unos cuantos esperpentos con el puño cerrado". Y nutriéndose en Engels, añade: "Obra rigurosamente trabajada con fervor de artista, la del realismo socialista exige que viva en ella no una tesis pegadiza, arbitraria y adicional sino una intención que se desprende como reflejo necesario de la obra en su desarrollo cabal".

Hombre de mi tiempo y de mi patria, yo, no he querido con este libro enarbolar un do de pecho ni embestir candorosamente con un esperpento de puño cerrado. Nacido y formado en una nación intervenida por el imperialismo yanqui, cuya dominación ha logrado imponerle un régimen netamente colonial, he encontrado, en nuestra alma de pueblo, a tiempo que nuestra patria se mueve en las condiciones mundiales de hoy, anteriores sentimien-

tos y visiones futuras, tremenda angustia patriótica y manifiesta preñez de socialismo. Todo lo he querido expresar en cierto grado, y en la manera que una revista cubana ha llamado mi "extraño estilo, mitad romántico martiano, mitad marxista militante".

IV.—Véase que si mi patria, la patria que yo canto, es lo que he dicho que es, entonces debe entenderse que su naturaleza corresponde a su tiempo y a su mundo y tiene, en ambos, los antagonismos y las correspondencias que le son necesarios. Ha de ser, por lo tanto, antiimperialista, enemiga de todos los imperialismos, especialmente del yanqui, y hermana de todas las fuerzas antimperialistas. Por lo que en mi canto patriótico cabe, partiendo de lo propio y como cosa nuestra, todo lo que es de los pueblos de la tierra en lucha por la liberación nacional y la edificación del socialismo.

V.—Quiero afirmar rotundamente que aquella parte de fantasmagoría que en este libro puede encontrarse corresponde a sinceras efusiones líricas con los sentimientos de la clase media, aliado forzoso de la clase obrera en la lucha por la independencia de nuestra patria. Pero,

¡Viva el sol!
¡Huyan las nieblas!

Escribió Pushkin esto y fué como un prólogo al llamado viril de Maiakousky:

¡A la calle, tambores y poetas!

Canto a Francisco Villa

(En *Rep. Amer.*)

Dedicada a Pere Foix, *autor de una magnífica biografía del* General Villa; *y a* Juan Antonio Corretjer *y su compañera* Consuelo Lee Tapia, *fraternalmente.*

¡Alerta, Francisco Villa;
alerta toda la tierra;
si perdura la ignominia
habrá que hacerle la guerra!

¡Levántate guerrillero:
corre a buscar tu cabeza
que se robaron los yankis
para mutilar América!

Con sombrero de anchas alas
cubriremos nuestro emblema:
un arado y un fusil;
la libertad y la tierra.

Detrás de cada montaña
los hombres están en vela:
en la fragua la esperanza
se va tornando bandera.

*

La sombra de Pancho Villa
lleva puesta su cabeza:
cada pobre en cada pueblo
la suya propia le presta.

La sombra de Pancho Villa
va en galope por la tierra
y va sembrando en las cumbres
su voluntad de pelea.

*

Los potros de Durango resoplantes patean;
hay un tronar de cascos que las llanuras huellan:
como un tambor con alas... ¡Es el tambor de América!

Al filo de la muerte un relincho se queda
vibrando en la garganta, llamando a la pelea:
relincho de Chihuahua... ¡Clarín de nuestra América!

Un desfilar de sombras que nunca, nunca cesa—...
Sombreros y culatas, galope de una idea
que manos angustiadas levantan de bandera.

*

La División del Norte sabe que Nicaragua espera
la vuelta a Las Segovias... la muerte de la fiera...;
pica espuelas y arrienda por el claro camino
que regó con sus venas Augusto César Sandino...
La sombra barre adusta la mesnada asesina
que dejó en su reemplazo la infantería de marina...

A pistola y machete se adentra en Panamá
Felipe Angeles apunta a las esclusas
y deja libre al mar;
deja libre la arteria por donde deben pasar
en vez de detectives cargamentos de pan
para todos los pueblos cuando ganen la paz.

Arrumba Puerto Rico... Corretjer va con ella...
Con sangre mártir limpia de la nativa enseña
la sombra superpuesta de barras y de estrellas...
De San Martín aplausos... Bolívar vitorea...
Uno alarga su sable, el otro da su estrella,
y los Andes dan paso —como antes ya lo dieran—
al labrador centauro que reinició la guerra
para sacar a Walker de todas nuestras tierras.

Durango es un lucero; Chihuahua es una estrella:
los pueblos un Rey-Mago que se guiarán por ella.
Van buscando el milagro, el milagro que opera
el fervor de los hombres cuando tienen bandera.
Verán a Filipinas ser de nuevo lo que fueran,
hablar en español, y echar a son de guerra
a los que nunca entienden cuando se dice: ¡Fuera!

*

¡Mi General Pancho Villa;
—General de las Américas—
al reino de la ignominia
no hay más que hacerle la guerra!

Pilar BOLAÑOS E.

San José, C. R., Sept. de 1950.

PERE FOIX

PANCHO VILLA

Un emotivo y trágico capítulo de la Historia de México.

Ediciones Xochitl.
México. 1950.

Precio del ejemplar: ₡ 8.00.
Exterior: Un *dólar*.

El gran festival de BACH

(En *Rep. Amer.*)

Juan Sebastián Bach murió en 1750. Con motivo del segundo centenario de su muerte casi todas las capitales europeas han organizado festivales en homenaje al insuperable taumaturgo cuya proyección en los dominios del arte musical se dilata y se afirma sin cesar. Sin las *Misas* del iluminado compositor de Eisenach, el culto perdería sentido y sin sus *Cantatas* los sentimientos humanos carecen de expresión. Las armonías de Bach son en cierto modo la solución de la permanencia de la belleza y la garantía de la perennidad humana en el mundo de lo espiritual e inefable.

Para mayor constancia, en el segundo centenario de su muerte, Bach ha realizado un prodigio inverosímil: reunir en una insignificante villa de los Pirineos catalanes a lo más selecto, lo más exquisito, lo indiscutiblemente superior entre los virtuosos del arte del mundo entero, para celebrar una comunión humilde y sublime, bajo el dosel del legendario Monte Canigó, en la nave oscura de una iglesia medioeval, al conjuro de la vigorosa batuta del más grande de los maestros, el famoso Pablo Casals. En el ciclo de conciertos que por espacio de veinte días han impregnado el ambiente arcadio de esta parte de la Cataluña francesa difícilmente podríase disociar una parte del conjunto, ni una partícula del todo, ni medir fragmentos ni proporciones, tal es el sentido de armonía, de densidad, de perfección, que han revestido estas solemnidades únicas, supremas, que por mera necesidad de guía y de referencia llevan el doble signo Bach-Casals, pero que, en realidad, representan la culminación de una época, la obra completa de la sensibilidad y del tiempo en una realización definitiva, inextinguible.

Prades es una comuna de seis mil habitantes, sentada en los primeros peldaños del Canigó, el bastión más oriental de la cordillera pirenaica. No tenía otra notoriedad histórica que la de hallarse en el camino de los viejos monasterios de San Miguel de Cuixá y de San Martín del Canigó, cunas de la nacionalidad catalana. Después del dramático éxodo que produjo la caída de la República española y del Estado catalán, el eximio violoncelista Pablo Casals, la primera figura del mundo musical contemporáneo, escogió Prades como refugio, posiblemente para no perder el calor de la tierra patria y para suavizar la aflicción del gran cataclismo —aún no comprendido por muchos demócratas— con el magnífico decorado de este privilegiado rincón del planeta. En Prades descansa el eminente filólogo catalán Pompeyo Fabra, y no lejos de ahí, en Collliure, descansa el mejor de los poetas españoles modernos, Antonio Machado. La tragedia de España ha dejado sus rasguños en todas partes, pero donde más se distinguien es en el mundo espiritual.

A veces, sin embargo, el destino se recrea dibujando parábolas y produciendo alegorías que son una verdadera revelación. Si suprimimos el drama español, suprimimos de un golpe el Festival Bach de Prades, el magno acontecimiento musical de nuestros días. El dolor de España produce efectos tan inesperados como éste que ponen de manifiesto su inmensa trascendencia. Los banqueros norteamericanos e incluso los laboristas británicos desconocen, o tal vez ignoran, las reacciones de los elementos imponderables. Prades ha sido la capital artística del mundo durante unos días porque España sufre una afrenta inmerecida y porque Pablo Casals, el máximo exponente de su grandeza espiritual, no accede a trasladarse a ningún país que haya reconocido y que, directa o indirectamente, sostenga el régimen oprobioso que se ha impuesto a España por la fuerza. Y como, cuando la montaña va hacia Mahoma, es Mahoma quien va a la montaña, los más excelsos artistas, los mejores ejecutantes del arte inmortal, han ido a Prades a rendir tributo a Pablo Casals, a inclinarse ante el genio y ante el hombre y a afirmar frente a los prácticos y perplejos que la belleza y la espiritualidad desconocen y sin duda ignoran la opresión, el envilecimiento y la barbarie.

Serra Moret y *Pablo Casals*

(Junio 1950).

Muy bien decía la escritora norteamericana Henrietta Sharon Aument, *el mundo ha ido a Prades* porque Pablo Casals, como un anacoreta, vive refugiado en Prades y Pablo Casals *es una conciencia de nuestro tiempo*. Le pidieron con insistencia que fuese a Strasbourg con Albert Schweitzer, a Leipzig en el Thomas-Kirche donde Bach fué cantor, a la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos donde la celebración del doble centenario de Bach debía revestir contornos universales, pero Casals opuso su inflexible *non possumus*, el "simple gesto" que indica a los pueblos de las potencias democráticas que no han cumplido con su deber. Si otro día se celebra el Festival Beethoven, el mundo volverá a Prades en tanto España siga agonizando bajo el yugo de una tiranía medioeval. Paderewski decía que "mientras sus compatriotas no fuesen libres, no se sentía con ánimos de tocar", y Pablo Casals dice que mientras las democracias no cumplan sus deberes para con España, él no tocará en los coliseos de Europa o América.

Y una selección de público venida del Canadá, de Australia, de Suecia o de Chile, ha llenado con silencio religioso la iglesia de Prades convertida en sala de conciertos para el solemne Festival. No todos los devotos eran opulentos, sino que algunos vinieron a pie, a través de las montañas, burlando la vigilancia fronteriza franquista, otros vinieron en bicicleta y otros medios de emergencia, acamparon donde pudieron, castigaron su cuerpo pero purificaron su alma en el sublime sacramento del arte convertido en comunión civil para las conciencias libres. Y el pueblo de Prades y de sus alrededores ha acogido a todos, pobres y ricos, amorosamente, empavesando sus calles, lo mismo que Perpignan y otras poblaciones, con profusión de banderas catalanas que eran el significado del insólito acontecimiento y la expresión de los sentimientos más íntimos del gran Maestro.

¿Y los artistas? Venidos de los cuatro puntos cardinales, algunos con ímprobo sacrificio, los cincuenta maestros que constituían el cuadro de solistas y músicos de orquesta, cumplieron con una dedicación conmovedora la misión trascendental que les imponía su conciencia de servidores del arte y de la ciudadanía. Ensayos continuos durante el mes de mayo para llegar en el momento del Festival a aquella finura indecible, a aquella perfección insuperable de las audiciones. Todos cumplieron con fidelidad, con abnegación, lo que únicamente ellos eran capaces de ofrecer. Y el aire límpido de esta tierra bendita continúa impregnado de las vibraciones de los violines de Alexandre Schneider, Isaac Stern, Joseph Szigeti y de Stefi Geyer, de la flauta maravillosa de John Wummer, del oboe de Marcel Tabuteau, de la trompeta de Paolo Longinotti y de las líquidas pulsaciones sobre el teclado de Ivonne Lefebure, Clara Haskil, Rodolph Serkin, Mieczyslaw Horszowsky, Eugene Istomin y Leopold Mannes, amén de la grandiosidad del violoncelo de Pablo Casals y su joven y ya famoso discípulo Leopold Teraspulsky. Los solistas, la delicada música de cámara y conjuntos de la orquesta, particularmente los Conciertos Brandeburgueses, palpitan en las arterias del órgano pomposo que es el Monte Canigó y conmueven su silueta gigantesca sobre el fondo azul, impecable.

Pasaron las horas de emoción intensa y se hizo el silencio. Se hizo el silencio después de aquella ovación atronadora y efusiva a Pablo Casals que el insigne maestro cerró con la sinfonía catalana del *Cant dels ocells*. La flor del mundo se había reunido al conjuro de una batuta mágica y de nuevo se dispersó. Los horizontes se ennoblecen con el perfil y la aureola de los elegidos, de los emisarios de la belleza y de la dignidad ciudadana. Y Pablo Casals queda ahí, en su refugio solitario, esperando los destellos de la aurora que él supo llamar con los máximos encantos de la música y con un alma pura y un corazón leal.

M. SERRA MORET.

Perpignan, Francia.
Junio de 1950.

Pablo Neruda, hermano mayor y profundo,
labio ardiente de mis cordilleras:
nada tan saludable, nada tan precioso
como tu poesía de pueblos en la aurora
y tu manzana de varón colmado.

Eres lo nuevo, traes el combate,
en tu garganta duermen los corceles
y cuando escribes empapas la tierra,
llenas los puertos, abres las aldeas.

Es mi deber estar contigo, Pablo Neruda,
es mi deber asociarme a los libres,
a los que ríen llenos de banderas,
cantan la paz y mueven los caminos.

Atrás la lira enferma e impecable,
los sueños vanos, las ojeras verdes.
Muera el discurso del mezosoprano
y la melena impúdica y la ópera.

De tus palabras salían fogatas,
aromas silvestres te rodeaban como el humo
[del fumador
y tu barba enredabas en la punta de los rocíos
evocando los brazos del Gran Archipiélago.

Vi a tu padre conduciendo convoyes,
vi tu principio azul en la montaña
y comprendí la música que envuelve
como una madre antigua tu sonrisa.

Luego me fuí a tus libros y a tus lágrimas
coleccioné tus piedras encendidas,
y regresé a contarle a mi poesía
lo que tú eras en la flor humana.

Eras fervor y verdad transparente,
eras el tiempo bajo la ceniza,
Venga la flor de esbelta agricultura,
venga el panal abierto en la mañana,
la denuncia en el viento como un rojo granizo
y la victoria del pan y del pueblo.

Hijo del Sur, pequeño de los bosques,
niño Eliezer en la oveja mecido,
América de poetas y soldados
fué la nodriza de tus labios puros.

Recuerdo cuando en México, una tarde,
perseguido y errante como Netzahualcóyotl,
me contaste tu vida, hoja por hoja,
como los pescadores cuentan la suya
a la orilla del sol, junto a las olas apacibles.

venías habitado de tormentas
a distribuir medallas en el pueblo,
y tu nombre sonó lleno de estrellas,
herido por la luz, ciego de espuma,
y tu apellido de cristal salvaje
fué a golpear el secreto de las piedras.

Pequeños señoritos de alto cuello,
que practican el arte y la corbata
si algo vieron de ti, fueron los versos
del amor juvenil, porque ellos daban
ocasión a las líricas rituales.

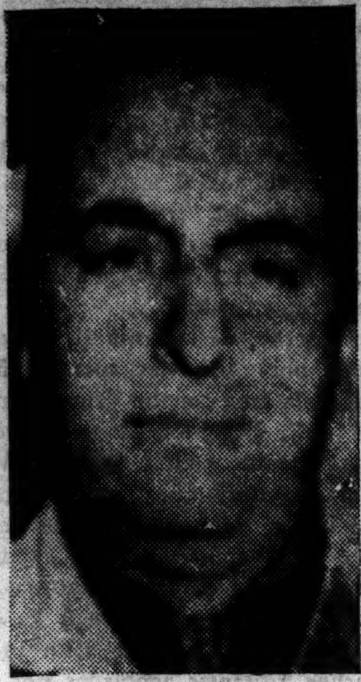
No vieron al varón desesperado,
no estuvieron contigo en el destierro,
no supieron oír tu gran campana
ni la voz que te corre y te recorre
con un rumor de flechas incendiadas.

Y callaron, sonrieron o murieron
sin saber que debajo de los hermosos libros
guardabas las espadas vengadoras.

Lectura de Pablo Neruda

Por *Alfredo CARDONA PEÑA*

(En el Suplemento de *El Nacional*, México, D. F., 25 junio de 1950).



Pablo Neruda

✖

Es así como el *Canto General*, noble hermano,
la más alta columna de mis tiempos,
el canto de las patrias y los mares,
llega a decir al mundo americano
el gran tambor, la gran corneta que eres.

Voy a tu libro gigante,
repaso su abeto sombrío,
me pierdo en la selva encantada,
leo tocando volcanes.

Santo misal, oh catedral escrita,
libro augusto como las edades,
los ojos de la noche velen tus aposentos
y el hombre nuevo sea tu poderoso escudo.

Aquí está el mineral, vientre de la luz,
aquí los vegetales, esposos de la tierra,
aquí los animalitos, aquí las bestias amorosas
[y castas.

Ved los conquistadores,
tiradles una piedra con sangre.
Ved a los héroes,
besadles la frente de fuego.
Por aquí se comienza, oid el nacimiento,
en este canto la estrella se bautiza,
se ponen nombres a las mariposas
y los ríos aprenden su monólogo errante.
Luego vienen los hombres del sudor,
[las santas manos,
—la tierra se llama Juan en todos ellos—
reconozco a mi paisano Calero bajo la lluvia
y oigo los pasos del drama en la noche.
También vienen los pulpos, las arañas,
escarabajos y medusas grises,
compañías del oro, presidentes de la tiniebla
empusas con sortijas labradas en martirio.
Pero también el mar, el mar Océano.
Y la clara y definitiva esperanza.

Oh caracol, oh temblor enrollado,
nombre celeste, luna de las playas:
tú recogiste el yodo, los centauros,
las madres blancas, los abuelos rojos:
tú nos diste la música de América sagrada
en una gran orquesta de tritones dorados.

Pablo Neruda, Pablo, varón fuerte,
voz empedrada de ágiles guerreros,
porque mi libro ha cantado los lirios
quiere finalizar en tu sembrado.
Canté a Virgilio rubio de colmenas,
canté a Camoens como un barco ciego,
canté los cantos de las razas mías
y quiero terminar saludando tus rosas.

Cierro el pasado y abro los jardines.

Pablo Neruda en La Habana

Por *Nicolás GUILLEN*

(En *Hoy*. La Habana, julio 23 de 1950).

Hace unos días tuvimos en la Habana a un visitante ilustre: el gran poeta chileno Pablo Neruda. Venía de México e iba... ¿A dónde iba Pablo? Habrá que contestar como en aquellos versos escolares:

Por el mundo caminando,
en busca del ideal...

Su presencia aquí sólo duró un día y medio. Pero en ese tiempo ¡cómo lo husmeó todo, lo miró todo, lo recorrió todo! Neruda es un eterno ansioso de La Habana. Desde su primera mansión en ella, hace diez años, nuestra urbe lo deslumbró. Pero no es un queredor incondicional, al modo de Miguel Otero Silva, que siente por La Habana un amor frenético de fauno en celo, sino un amante más demorado, más discernidor y cauteloso.

Tan pronto se vió rodando en automóvil por la Avenida del Puerto, nos dijo al novelista Labrador Ruiz y a mí, que fuimos a recibirlo:

—¡Qué lástima! La Habana ha crecido. Estoy por pensar que me gustaba mucho más antes, cuando no era tan grande...

La Habana se ha desbordado un poco, es cierto, en estos diez últimos años, pero no para que se le haya desfigurado el rostro, como si sufriera un súbito dolor de muelas. Además, este crecimiento es por los alrededores, por la espuma. El centro sigue igual que antes: algún rascacielo más, algún callejón menos. En lo que sí ha ganado no lo podía ver Pablo, es decir, en sus salidas hacia las urbanizaciones exteriores y en éstas mismas, pues antes era una ciudad bloqueada, una ratonera, de la que resultaba un complicadísimo problema escapar..

*

Pablo Neruda luce más joven y fino que estos últimos años. En México, en noviembre del año pasado, quedó muy enfermo, postrado en cama, a causa de una dolencia de las piernas. Recuerdo que el 18 de setiembre, día de la fiesta nacional chilena, se vió impedido de asistir a la contra-recepción organizada por

él como réplica al recibo oficial en la Embajada de su patria. A las seis de la tarde, Hormiguita, su mujer —tan dulce siempre, tan pura y generosa— nos llamó a Miguel Otero y a mí para que atendiéramos a los invitados en nombre del poeta. Naturalmente que no hizo falta: aquello fué uan fiesta de móvil camaradería y cada cual hizo lo que le vino en gana, desde escuchar a pie firme el discurso de Manuel Eduardo Hubner, hasta acompañar "a pie suelto" los corridos del estupendo Tata Nacho.

—¿Cómo me ven? ¿No estoy más delgado? —nos preguntaba ahora, con aire de colegial en libertad.

—¡Famoso, Pablo, famoso!

—Es el plan, chico. Estoy siguiendo un plan...

Nos explicó en seguida que estaba sometido a un plan médico inflexible, lleno de prohibiciones; un plan cuartelario por la disciplina.

—Pero aquí voy a romperlo. Estar en La Habana en olor de santidad me parece un crimen...

Total: que violó la dieta. Pidió ir a ver sus viejos y amados cafés del litoral; comió sus viejos y rojos cangrejos, desde luego muy frescos; sorbió sus viejos "mojitos"; se instaló una vez más ante su vieja y bronca tajada de lechón asado, acompañada de "congrí".

El trabajo en México había sido duro, iba a serlo también en otros sitios. ¿Cómo no reposar en La Habana unas horas, cambiando de actividad, que es la mejor manera de descansar? Anduvimos, pues, por las "fritas", donde impera absoluto el gran "Chori", con su tambor sabio, "que entusiasmaría a Stravinsky"; repasamos los suaves rincones nocturnos, como la Plaza de la Catedral y la Iglesia del Angel; nos bebimos el mar, toda una tarde desde la terraza del "Bahía", frente al canal por donde entran y salen los barcos con ingenua lentitud, teatralmente, movidos tal vez por una tramoya colosal.

En la noche fué la visita al barrio chino, atravesado por callejuelas como puñales, y desde luego la cena con un grupo mínimo en "El Pacífico". Labrador, Augier, Ayón —el impresor de moda, podría decirse— Martínez Pedro, gran pintor, dibujante de línea torturada y sólida y alguno más. Neruda se sentía realmente en "vacances", como quince años antes, cuando aún la toga senatorial no cubría sus espaldas de combatiente. Es éste por cierto un fenómeno que he visto producirse con muchos visitantes agobiados por las más penosas preocupaciones: diríase que La Habana les aligera, aun por breve plazo, el fardo del camino; les enjuga el sudor, les moja los labios, les renueva el ánimo por dentro y hasta la piel por fuera.

*

Después ocurre lo de siempre: el tiempo se acaba, La Habana se queda y sus amantes se van...

—Mira, chico, tengo que partir mañana —se me quejaba Pablo, ya de madrugada.

—¿Mañana? ¡Hoy mismo! ¡Dentro de unas horas!

Luego, como si quisiera agarrarse a una ilusión desesperada, pedíame datos acerca de la vida en Cuba, no en la capital misma, sino en algún sitio cercano, "con agua y árboles". El regresaría para permanecer largos meses y recorrer la Isla toda, de la que sólo conoce en realidad el gran salón de fiestas, el balcón habanero sobre el mar.

Tal vez vuelva, pero sería imposible decir cuándo. Con Pablo Neruda no hay itinerario, porque el vaivén de su vida lo lleva a los parajes más alejados entre sí, en un andar constante. Hace un año lo encontré en París. Unos días más tarde saltó a la Unión Soviética. Recorrió luego Hungría, Checoeslovaquia, Polonia, Bulgaria, Rumania... París de nuevo. México en seguida; ahora Cuba... ¿Mañana? Mañana ¡quién sabe! Algún lugar de América, alguno de los sitios donde firmó sus espléndidos poemas del exilio, recogidos con lo demás de su obra, en un volumen de impresión acabadísima, bajo el título de *Canto General*.

Neruda pasa así, como una ráfaga. Pero por breve que sea su estancia, por fugaz que sea su tránsito, siempre deja tras sí un gran perfume vital, un hondo aliento de humana consistencia, que invita a la lucha por el canto y al porvenir por la poesía.

CARLOS LUIS SAENZ

Dramatizaciones

(Ilustración de *Jorge E. Guier*).

San José de Costa Rica.
1950.

Precio del ejemplar: ₡ 5.00.

Exterior: $ 1. *dólar*.

Dr. E. García Carrillo

CARDIOLOGIA (Radioscopía y Electrocardiografía), METABOLISMO, VENAS VARICOSAS.

Sus teléfonos: 1254 y 4328

Los abismos del hombre

Por *Germán ARCINIEGAS*

(Es un recorte de *El Nacional* de Caracas. *Envío del autor*).

Por múltiples razones se habla ahora en Nueva York de una obra teatral: "The Cocktail Party". Aunque el título sugiere un tema de los que llamamos mundanos, se trata de teatro de inspiración religiosa. Más que religiosa, mística. T. S. Eliot ha ofrecido esta última producción suya como un experimento. Quiere revivir, además, el teatro poético, con discreción. Un crítico del *New York Times* ha dicho: Cuando asistí a la primera representación de "The Cocktail Party" no me di cuenta de que era una obra en verso, sino al llegar a los pasajes culminantes.

Pero además de poesía y de inspiración mística, la obra tiene un tercer elemento que es la atracción de nuestra época: psicoanálisis. Y es en este punto donde la atención del público parece concentrarse. Edward y Lavinia Chamberlayne forman uno de esos matrimonios que se mueven en las altas esferas, pero que caminan boredando un abismo. Celia Coplestone, la amiga de Lavinia, se adueña del amor de Edward. Los tres personajes se dirigen al psiquiatra, colocan ante él las cartas de su vida, y el psiquiatra escarba en las oscuridades del subconsciente el drama de cada uno. "Sea usted paciente conmigo, Mr. Chamberlayne: yo aprendo mucho con sólo observarle, y dejándole que hable cuanto quiera, y tomando nota de todo lo que usted no dice..." En otras palabras, Eliot invita a los espectadores de esta obra a que den un paseo por las tinieblas del subconsciente.

Cuando Freud no había nacido para el mundo, don Miguel Antonio Caro había dicho de uno de los políticos colombianos: "En la conciencia de ese hombre espantan". La frase del colombiano es muy buena, porque muchas veces detrás de los rostros más risueños y apacibles, infantiles y agradables, hay unas cuevas diabólicas. T. S. Eliot pone en boca del psiquiatra, cuando habla con Mr. Chamberlayne, estas palabras: "La mitad del mal que se hace al mundo se debe a personas que quieren sentirse importantes... Ellas no entienden que están haciendo daño; es un daño que no les interesa, o que no ven, o que justifican porque están absortos en una lucha sin término por pensar bien de ellos mismos..."

El análisis del psiquiatra va penetrando implacable en la cueva de Mr. Chamberlayne, y sacando de ella los demonios. "Le agrada a usted, Mr. Chamberlayne, pensar que es un amante apasionado. Pero usted comprende lo que su mujer acaba de decir: que nunca ha amado a nadie; y esto le hace temer que sea incapaz de amar. Para hombres de un cierto tipo la sospecha de que son incapaces de amar es tan perturbadora de su propia estimación, como, en las gentes más crudas, el temor de la impotencia".

Es obvio que en Eliot aparecen dos características que son muy notorias en ciertos ingleses de nuestro tiempo: el poner los ojos en la casa de Dios, y el acercarse a la poesía pu-

ra. Lo que hace Eliot con el teatro, lo hace Toynbee con la historia. Eliot, no obstante su nacimiento en los Estados Unidos, es el más inglés de los ingleses. Y en la isla donde encontró Shakespeare inspiración para esos tremendos personajes de su teatro; donde se han perpetrado los crímenes más sutiles de la historia; donde la guerra hizo saltar en pedazos hasta el último vidrio, hoy, por la ventana rota, sin vitral de colores, el ojo azorado mira al cielo.

Por estas circunstancias no hay nada más natural dentro del drama de Eliot, sino la solución de que Celia Coplestone, la amiga de Lavinia Chamberlayne, la querida de Edward Chamberlayne, se retire a una tierra de misioneras, entre a una vida activa de lucha heroica. Al cabo de dos años los salvajes la dejan flechada como una San Sebastián. Esta parte, bellísima en la obra, no ha convencido del todo a los newyorquinos.

Pero el sondeo de la cueva humana es algo en que un inglés de talento no falla. Llevan en la tradición, en la sangre, en el ambiente, esta clase de paseos espirituales. Los mejores autores de teatro, los mejores actores, los mejores detectives han de buscarse en la isla. Siguiendo las palabras de Eliot, he recordado aquel drama de los venenos en que Charles Laughton hace el papel principal. No recuerdo ni el tema de la película, ni su nombre. Sí sé que Laughton mataba a algunas persona, la enterraba en su propia casa, hacía las cosas de mayor perfidia y crueldad, y luego aparecía con una cara de inocencia infantil, con una sonrisa virginal, con unas miradas angélicas que estremecían con su candor.

Aunque la obra de Eliot se presente apenas como un experimento nuevo en el teatro, todo hace pensar en que el gran poeta ha clavado otra vez su pica en tierra firme.

Algunas poesías inéditas

de *Moisés VINCENZI*

(En *Rep. Amer.*)

EL PIRATA

Para *Rodrigo Faba.*

Talló con sus puñales el escudo de popa,
en anchuroso tronco de un árbol milenario;
y del Oriente trajo la piel de un dromedario
que por alfombra puso tendido ante su tropa.

Pellejos de leones él escogió por ropa.
Y en el sonoro bronce de un viejo campanario,
sorbía añejo vino con sorbo temerario
alzando la campana para beber en copa.

¡Cruzó los anchos mares el rudo bucanero
con el cañón al lado; bajo el puño el acero!
Y siendo ante los hombres un bárbaro asesino,

un pérfido pirata terriblemente cruel,
frente a las bellas damas no fué más que un doncel
que avivó sus ensueños con campanas de vino.

UNA TARDE DE ENERO...

Una tarde de enero nos pusimos de fiesta:
irrumpieron de pronto los sonoros violines
y un aroma venía de tus lindos jardines
y embrujaba las notas de la mágica orquesta.

Mi amor, tú me dijiste, vale más que una gesta
y una caza en el campo con robustos mastines;
y en tus brazos opreso me sentí en los confines
de un idilio sin nombre, sin dolor ni protesta.

Al girar de la danza de la bella floresta
que hace encajes sonoros en los rubios festines,
yo te dije al oído mis ansias y mis fines
con el alma anhelante de tu dulce respuesta.

Y al decirme temblando que estabas ya dispuesta
—en un vivo entusiasmo de ilusiones afines—,
un revuelo escuchamos de astrales serafines
que embrujaba las notas de la mágica orquesta.

EL CIGARRO

Si se acaba el cigarro por el humo
mientras mi sueño en las penumbras siento,
yo sé que se disgregan en el viento
las rosas frescas que en amor perfumo.

Ya se acaba el cigarro: lo presumo,
al igual que esas rosas del momento,
sorprendidas por rachas de tormento
y sin embargo, sin parar lo fumo...

Mas al notar que en la humareda veo,
en la punta infernal de mi cigarro,
que la vida se va con el deseo,

Me preparo a la muerte con el verso
y en cenizas mis lágrimas desgarro
mientras se fuma Dios al Universo...

CON UNA LAGRIMA

Te ruego que no sufras, corazón,
te dije suspirando, dulce amada.
Y contestaste a mi sentido amor,
con una lágrima...

Y en seguida te dije con pasión,
que no olvidases tus promesas, mi alma.
Y contestaste a mi cordial fervor,
con una lágrima...

Y al naufragar mi angustia en tu emoción
doblegóse mi ruego hasta tu falda.
Y contestaste a mi humillado amor,
con una lágrima...

Mas al pedir de nuevo tu perdón,
me miraste dulcísima la cara.
Y respondí turbado a tu dolor,
con una lágrima...

UN MILAGRO

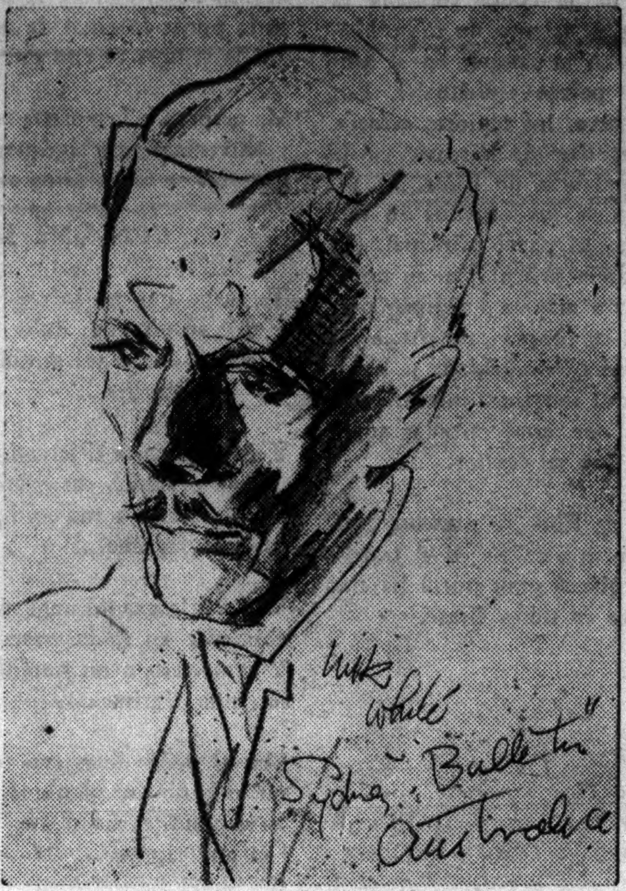
¡Ay, que te niegan los buenos!
¡Ay, que te niegan los malos!
¡Ay, que te niegan los tontos!
¡Ay, que te niegan los sabios!
Y las fuentes te amenazan
con sus pérfidos remansos...
Te amenazan los abismos
y en las ramas, lindos pájaros.

Las sombras te echan cadenas
cuando se acaba el ocaso.
Y cuando el alba clarea
te amenaza con sus pájaros...
La montaña te persigue
con sus grandes ojos pardos;
con sus ramajes sombríos
y sus larguísimos brazos;
con sus serpientes horribles,
con sus aromas de nardos;
con sus tigres iracundos
y sus monstruosos letargos...
¡Ay, que te niegan los hombres
por cobardes y por malos!
¡Ay, que te niegan los necios!
¡Ay, que te niegan los sabios!
¡Y por fuerte te persiguen
sembrando en tu huerto, cardos!
¡Te malquiere la arboleda
y te amenazan sus pájaros!

Y en esa ruda asechanza
se hacen tus nervios elásticos
como flechas puntiagudas,
como finísimos dardos...
¡Ay, que te niegan los buenos!
¡Ay, que te niegan los malos!
¡Ay, que te niegan los montes!
¡Ay, que te niegan los pájaros!

Y en la cumbre desolada
donde la nieve hace estragos,
tu figura se levanta,
se levanta por milagro...

San José, Costa Rica.
Setiembre de 1950.



Carlos Salazar Herrera

La bocaracá

Es un cuento inédito de
Carlos SALAZAR HERRERA,

(En *Rep. Amer.*)

Aconteció en las inmensas soledades de Toro Amarillo.

Allá, una casa, rompe la unidad de la selva, y fué Jenaro Salas quien primero arrancó unos árboles para sembrar su áspera vivienda.

Era un galerón de palos cubiertos de corteza, asomándose a la orilla de un camino abandonado. En el invierno... un ciénaga; en el verano... un polvazal.

La casucha veíase aún más humilde, bajo la arquitectura de una ceiba, casi tan alta como una plegaria.

Jenaro era un hombre atribulado, porque pensaba que la tierra lo malquería. La juzgó en su contra, y quizás por eso, la región a veces lo atormentaba, y a veces, también se reía de él.

Acabó por sentir miedo de la soledad, de las tinieblas y del silencio, y vivió con un temor incesante... no sabía de qué.

De noche, tardaba el sueño en llegar a sus ojos, y era entonces cuando la respiración de su mujer y de su hijito, o el chisporroteo de algún tizón que quedara vivo en la cocina, le servían de consuelo o gozo.

En las noches sin luna, una llamita en la linterna, tenía el poder de un faro.

x x x

Una tarde, regresaba Jenaro Salas de su trabajo de montaña, tirando de una carretilla cargada de súrtubas y palmitos. Al llegar a su rancho, halló en el portón a su pequeño hijito, que lloraba con claros deseos de contar algo que no sabía decir.

Movido por el temor, Jenaro no se ocupó más del niño. Echó a correr y se metió en la casa... pero en la casa no estaba su mujer...

La llamó varias veces. Muy angustiado se asomó por la puerta trasera. Dirigió su vista en todas direcciones, como una brújula agitada. Al fin se clavó en el norte, hacia abajo, junto al riachuelo que transcurría a una pedrada de lejos.

Corrió otra vez. Allí estaba su mujer, tendida en el suelo, lívida, inconsciente.

Dos de los nudillos de su mano izquierda sangraban. Cerca de ella había una serpiente de unos dos palmos de longitud, con la cabeza aplastada. Todavía en convulsiones...

Era una bocaracá.

Jenaro no ignoraba que en aquellos casos unos minutos malgastados eran de la muerte. No debía perder tiempo en aplicar inútiles remedios caseros, ni en consolar al niño que lloraba, con los ojitos como dos preguntas. Iría a buscar suero contra la mordedura de serpientes, y para hallarlo, necesitaba consumir treinta kilómetros de mal camino.

Arrastró a su mujer hasta la casa y allí la dejó tirada sobre el camastro.

Buscó su caballo. Hizo rienda de un cordel. Arrebató un látigo a un árbol. Montó en pelo la bestia y, azotándola en ambas ancas, la echó a correr desenfrenada sobre la grosería del camino.

x x x

Echemos atrás, y conozcamos lo que había ocurrido:

Tana, la mujer de Jenaro Salas, estaba aquella tarde en sus quehaceres, cuando vió llegar a su niño dando voces de contento. Había encontrado un objeto raro y de bonitos colores.

Era una serpiente bocaracá. La llevaba cogida por el cuello.

La madre tuvo el valor de abogar un grito y salir moderadamente al encuentro de su hijito, a pedirle que le diera para mirar aquel extraño bejuco. Pero el niño tenía ganas de jugar, y echó a correr vereda abajo, llevando la víbora aprisionada en su traviesa mano.

Ella lo siguió, como jugando, mientras oraba con mudos gritos interiores, para que su niño no fuera a tropezar y caer... o para que no acercara su manita libre a la cabeza de la serpiente.

Logró alcanzarlo, cuando se detuvo a la orilla del riachuelo.

La madre llegó donde su niño, cantando una canción que había olvidado.

Llegó por la espalda de la criatura. La canción se estaba transformando en súplica.

Pudo sujetarlo por las muñecas. La súplica empezó a volverse llanto.

El niño reía. El llanto de la mujer se convirtió también en risa.

Tana extendió los pequeños brazos en cruz, como si fuera una penitencia. Luego fué deslizando su mano derecha por el brazo de la criatura, hasta llegar a oprimir la manita, para que no soltara la víbora.

Se puso de rodillas. Luego se sentó en el suelo.

Prensó entre sus piernas el brazo izquierdo del niño. Con su mano libre empezó a desdoblar los inocentes dedos, tratando de sustituirlos poco a poco, con los de su mano izquierda que temblaba de miedo.

El horror le daba a la mujer una risa espantosa, en tanto el niño reía de buena gana, por aquel divertido juego con su madre.

La víbora, arrollada en los brazos, con su cuerpo verde, negro y oropel, era como una doble ajorca.

—¡Dame ese bejuco!...

—¡Dame esa culebra!...

—¡Dame esa bocaracá!...

—¡No seas ingrato, hijito mío!... ¡Dame ese demonio!...

Por fin, la cabeza de la serpiente había pasado, sin vaciar sus colmillos, a la mano triunfante de la madre.

El niño empezó a llorar.

La mujer cogió una piedra y con ella, aplastó la cabeza de la víbora. Al golpear se hizo dos pequeñas heridas en los nudillos de su mano izquierda.

Después...

Después se desbordó el terror forzosamente dominado, y se desmayó ahí mismo, con el espíritu desprendido.

x x x

Cuando el espíritu volvió, hallóse Tana tendida en su camastro. Se levantó precipitándose hacia la puerta de su casa, y vió a su esposo. Volaba en su caballo.

Lo llamó.

—¡Jenaro!

Lo llamó a gritos.

—¡Jenaro! ¡Jenaro!

A gritos desesperados.

—¡No ha pasao nada!... ¡Jenaro!...

Pero ya el hombre había desaparecido detrás de un atormentado nubarrón de polvo.

San José, Costa Rica, 1950.

QUÉ HORA ES . . . ?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

Colegiales nuevos y viejas maestras

Por *J. Rubén ROMERO*

(En *El Nacional* de Caracas. 31 de mayo de 1950).

Cuando terminaron las vacaciones escolares, con motivo de la apertura de los cursos, una bulliciosa chiquillería invadió la ciudad. Pasan los autobuses flamantes llenos de niños bien vestidos; las niñas lucen con coquetería sus uniformes azules, blancos, grises y sus mochilas nuevas para los nuevos libros. El desfile abarca desde las pollitas de quince abriles, hasta mis nietas de dos años que se van al jardín de niños, y aprenden a cantarle a la luna y a contar en inglés, preparándose para un porvenir sajonizado. A los alumnos de las escuelas particulares los recogen en la puerta de sus domicilios y los conducen al colegio en camiones que parecen pajareras llenas de trinos.

Ríos de niños afluyen a las escuelas oficiales, sin los prejuicios que había ayer para dichos centros, acusándolos de impartir una educación atea. El gobierno no tiene dinero bastante para adquirir vehículos como los colegios particulares y los padres los mandan como pueden. Debería haber una escuela en cada manzana para que los niños pobres no tropezaran con las dificultades de los transportes. Muchos de estos niños carecen en su casa de lo más indispensable y la mano generosa de algunas personas caritativas, que encabeza la señora del Presidente Alemán, les da un desayuno que constituye para la mayoría de ellos el alimento de todo el día: dos sanwiches, un huevo, una fruta, un pan. Hasta ahora se dan diez mil desayunos y su número aumentará cuando los ricos cooperen a esta gran obra benéfica, suscribiéndose con cantidades periódicas. Que hagan de cuenta que compran un palco para la temporada de ópera o para las carreras. No quiero hacer con esto una simple alusión, sino una formal invitación a nuestros compatriotas y a los extranjeros que viven en México, cuyos negocios tanto prosperan. Hay un patronato que recibe las dádivas y tiene a su cargo la administración de los desayunos.

Yo nunca estuve en una escuela de paga y es quizás, por lo que tengo tanta simpatía por las escuelas de barrio. En mis tiempos, los ricos iban a "Mascarones" o al Liceo Fournier; los hijos del pueblo asistían a los planteles del gobierno, no tan numerosos como los de hoy, y los chicos de la clase media llenábamos las escuelas del tipo de la del señor Barona, que recibía un pequeño subsidio del Arzobispado y era atendida por profesores tan modestos, no obstante su competencia, que algunos ganaban cuarenta pesos mensuales. De los humildes bancos de la Escuela Barona surgieron profesionales tan distinguidos como el ingeniero Ignacio Avilés, como el licenciado Miguel Yarza, como el escritor Manuel Horta, como el cantante de ópera Angel Esquivel.

¡Cuán diferente la Escuela Barona, instalada en una pequeña casa de la calle del Carmen, a los colegios de ahora, circundados de jardines, con gimnasios, toboganes, aulas llenas de sol y aparatos de radio! Desde una ventana de mi casa contemplo diariamente las evoluciones de un colegio de señoritas. Las monjas juegan con las alumnas a la pelota, cantan y bailan, pese al inconveniente de sus largos y negros vestidos. Pedagogía moderna, que se aplica por igual al rico y al pobre.

En otra esquina de la plaza en donde vivo, hay una escuela del gobierno, sin uniformes y sin monjas modernistas, y yo me entretengo mirando y envidiando a los don Juanes de diecisiete años, que rondan a las muchachas de quince y por espada llevan debajo del brazo el texto de la Economía Política. Un poco más lejos, en la plaza de Miravalle, se levanta otra escuela para niños, que debe tener una población escolar de más de mil alumnos. En esta escuela presta sus meritorios servicios una de las maestras más respetadas y queridas de la ciudad de México. Escribo estes artículo en homenaje suyo, precisaente porque hoy la vi atravesar la plaza, rumbo a su escuela, apoyada en el hombro de uno de sus discípulos. Cargada de años y de virtudes, parecióme una estatua a quien, por un lamentable olvido, no se le ha puesto el pedestal.

Hace más de cuarenta años, el gobierno del Estado de Veracruz concedió a Rebeca Cuéllar una pensión para que estudiara en la Normal de Jalapa, pensión que conservó, por sus brillantes estudios, hasta que obtuvo el título de profesora y fué designada, en 1912, directora de una Escuela de la ciudad de México. Rebeca, como un apóstol, ha guiado varias generaciones infantiles; los problemas de sus alumnos han sido sus propios problemas; con ternura maternal sigue la trayectoria de cada uno de los niños que estuvieron bajo su sabia dirección, logrando que todos los muchachos conserven de ella un grato recuerdo que la rodea de cariño y consideraciones en los sitios en donde ella menos lo espera. Muchas veces, al subir a un tranvía, se para respetuoso uno de los pasajeros brindándole asiento, porque de niño estudió con ella, y en otras ocasiones, al llegar a una esquina, el guardián detiene el tránsito para que pase sin peligro tan respetable persona.

—Pase, maestra. Yo soy Martínez, su discípulo. ¿Se acuerda usted de mí?

Y le ofrece la mano, y la conduce hasta la banqueta con sincero cariño.

La maestra tan respetada no sólo impartió las luces del saber; no se contentó con enseñar a los niños pobres las primeras letras: renunció a todo para entregarse por entero a su profesión; no tuvo más amor que sus alumnos, ni conoció otro goce que su impulso maternal por ellos. Lo que un Comité de Damas Caritativas hace ahora, sirviendo desayunos a los chicos menesterosos, Rebeca Cuéllar lo hizo con su pequeño sueldo, llevando leche y pan a las criaturas que asistían a clases en ayunas, por la pobreza de sus progenitores.

¿Que los maestros no obtienen galardón? ¿Que viven sin comodidades, esperando cumplir los años reglamentarios de servicios para retirarse a descansar con una mísera paga? Es cierto; pero preguntemos a Rebeca Cuéllar qué es lo que siente cuando uno de sus viejos discípulos la encuentra en la calle y con ternura filial le ofrece el brazo para que pase de una acera a otra. Su pecho palpita emocionado, como si sobre él prendieran la más hermosa, la más brillante condecoración. ¡Vidas así bien valen la pena de vivirse!

México. Mayo 1950.

Adolescencia de México

(En *Rep. Amer.*)

México está en la plenitud de su adolescencia, a pesar de los 17 siglos que la arqueología le confiere. No digo de su juventud, a pesar de que ya tiene definida su vocación, porque todavía tiene en su hurañez con cortesía el peto de acero de su personalidad.

Tiene México todas las condiciones para ser nación privilegiada: el orgullo humano, la pasión a fuego lento, el amor a sus mitologías, y también la vasta "superficie del maíz" que sólo compite con los palacios del subsuelo. Nada le sobra para ser feliz, y como ha sufrido un calvario de siglos, y ha podido sobrevivir a las catástrofes, tiene en su recinto espiritual la riqueza de la fe. Pero ya se ha dado cuenta de que le falta anudar los vínculos que proceden de sus dioses tutelares, y de que aún hay diferencias que gentes numerosas han puesto en el sustrato de su espíritu. A pesar de las contradicciones y, sobre todo, de los frenesís que elevan el tono de la polémica al discutir a sus hombres representativos, hay en el fondo del mexicano lo que sólo un pleonasmo define: la mexicanidad. Porque "lo mexicano" es ya categoría y hasta puede mostrarse como ejemplo.

El México de hoy es algo más que una promesa. A medida que la tierra va siendo del hombre y que la nación define sus contornos, se advierte la presencia del entusiasmo de hacer algo nuevo, de no dejar al tiempo que pudra el entusiasmo promisor, sino que se le aproveche con todas las potencias, para que México sea cada vez más de los mexicanos. En la escuela, en el taller, en el laboratorio, en la residencia de la cultura, en el hogar, en todos los sitios en que el habitante se entrega con manos y mente dinámicas a la acción constructiva, México está creciendo. A pesar de los pesimistas, y de los que sólo saben censurar, el país y la nación marchan dentro de un ritmo que asegura su grandeza.

Y todo ello, dicho con voz medida, sin desconocer que hay mucho por purificar y que hay aún problemas al frente. Pero ya México ha podido salir de las duras pruebas de la sangre y el odio, y empieza a decir su mensaje, que escuchan con atención los otros pueblos del Nuevo Mundo.

Rafael Heliodoro VALLE.

Washington, D. C. 20 julio de 1950.

Lluvia artificial?

Es un cuento inédito de
Ermida CANOSSA MORA.

(En *Rep. Amer.*)

—Jesús, Ave María, están locos todos, eso no puede ser—. Y la pobre viejecilla se santiguaba, hablando sola por la calle, a pasos rápidos y cortos, hasta su casa.

La seguía Paviche, el nieto, un poco asustado de ver a la abuela tan inquieta, sin poder comprender de qué se trataba.

Pobre Paviche, a quien nadie tomaba en cuenta, ni siquiera sabían su verdadero nombre. Era un chiquillo panzón y con la cara sucia, el pelo crespo y enmarañado, la naricilla respingona y los ojos muy redondos. Siempre andaba calladito, calladito, fisgoneándolo todo, y aunque por su poca edad no comprendía muchas cosas, sabía todo lo que ocurría en el villorrio.

Pero esta vez no supo qué era. ¿Por qué se devolvió la abuela como loca, sin terminar de hacer las compras? No recordaba que nadie la hubiera insultado, ni que le dieran la pesa incompleta.

Se quedó en el portón, caviloso, recibiendo desganado los saludos de un perrillo esmirriado.

La vecina que tendía ropa en el zacate de enfrente, se arrimó a preguntar:

—¿Qué le pasa a tu abuela?

—No sé.

—¿Qué le pasa, doñita? —curioseó entrando.

—¡Ay! Aquí muy asustada.

—¿Pasa algo?

—Que ahí el radio en el Comisariato estaba diciendo una de locuras...

—¿Locuras de qué?

—Que ahí unos viejos quieren hacer llover. ¿Se imagina?

—¡Ah... sí...!

—¿Se da cuenta? ¡Desafiar a Dios!

—¿No?

—Sí. Si lo dijeron... Y ahí me iban a explicar, pero yo no quise oír; eso es del malo. ¡Ay, Tatica Dios, quién sabe qué castigo vamos a sufrir! Y se hacía de nuevo las cruces, agregando:

—¿Cómo se imaginan que pueden contrariar sus leyes?

—¿Será posible, doña?

—Sí. El radio lo dijo. Yo lo oí.

Paviche agrandaba los ojos oyendo la explicación. ¿Cómo sería eso? ¡Unos hombres haciendo llover! ¿Cómo se las arreglarían?

La abuela pasó el día entre puros rezos y rezongos, y el niño así, como sin darse cuenta de nada.

Cuando volvieron los hijos del trabajo, se comentó de nuevo el asunto. La pobre mujer, llena de miedo, sostenía que eso eran malas artes y que sólo daños podría acarrear. Los hombres, entusiasmados por lo que oyeran decir, trataban de hacerla comprender los beneficios que podría significar para los agricultores.

—Sí, eso es —alegó ella—. Como saben leer y se llenan la cabeza de todo eso que sale en los periódicos, ya se me están haciendo herejes. ¡En qué hora los puse a la escuela! Si sólo Dios puede disponer cuando llueve o no.

—Mamá, mire: si la lluvia artificial no es nada malo. Es como cuando usted riega sus matas.

A Paviche se le grabaron muy bien esas palabras: "lluvia artificial". ¿Qué sería?

Al día siguiente la abuela amaneció afiebrada. No había dormido. Pobre viejecita sencilla y piadosa que encontró siempre linda la vida tal cual Dios se la quiso dar. ¡Qué martirio ver que los jóvenes leídos, entre ellos sus hijos, pretendieran mandar al Señor! ¿Qué sería de ellos? ¡Virgen María! ¿Si en castigo Dios mandaba otro diluvio?

Enferma, pero de verdad enferma, vió encapotarse el cielo.

Estaba quemando palma bendita cuando llegó el chiquillo, con la cara adusta y las manos tierrosas.

—¿Qué es artificial, mita?

—Lo que no es cierto.

—¿Mm?

—Como decir, las flores de papel.

—Ah, ya sé—. Y salió a jugar con su lata de sardinas.

Cuando cayeron las primeras gotas, sudaba frío la anciana, sentía náuseas y dolor de cabeza. Si no encontraba alguien la manera de tranquilizarla, era capaz de morirse del puro miedo de la ofensa al Creador.

Y Paviche la miraba triste, sintiendo lo que pasaba, sentado muy quieto en la tranquera. No se le ocurrió entrar, ni la vieja pensó en llamarlo. Los goterones se fueron tupiendo, y cayó un aguacero de esos de principio de invierno.

—Lluvia artificial— murmuraba el pequeño, mirando al cielo, mientras el agua alisaba su enmarañado cabello y se lo iba pegando a las mejillas rosadas y redondas.

Cuando se vió totalmente mojado, de los pies a la cabeza, y que le chorreaba el agua por los deditos sucios, chispeó la gran idea: ¡Curar a la abuela! Y entró corriendo:

—¡Abuelita! ¡Mita!

—¿Qué pasa? ¡Dios mío! ¿Será ya el castigo?

—Abuelita, no se asuste, mire: no es artificial la lluvia, es de la buena, de la que manda Dios, es de verdad, mire: ¡moja!

San José, Costa Rica. 1950.

"EL GREMIO"
ANTONIO URBANO M.

TELEFONO 2157
APARTADO 480

Almacén de Abarrotes
al por mayor

San José Costa Rica

Una máquina de coser
SINGER
Se la ofrecemos en ₡ 700.
Llame al teléfono 3754.

Si quiere suscribirse al
"Repertorio Americano"
diríjase a
F. W. FAXON Cº
Subscription Agents
83-91 Francis Str.
Back Bay
Boston, Mas. U. S. A.

CURIOSIDADES

De Filología y de Gobierno

(En *El Tiempo* de Bogotá.
Julio 7 de 1950).

En un cable publicado con abultados títulos, y recibido con cierta sorpresa en momentos cargados de todas las incertidumbres y tinieblas del porvenir, se dice que mientras la civilización de occidente se ocupa casi tan sólo en la preparación o en el descubrimiento de nuevos y eficaces instrumentos de aniquilación, la ciencia rusa agita el ambiente intelectual propio con temas puramente filológicos, una materia en que José Stalin ha tomado parte con cierta vivacidad para combatir el "formalismo" en la filología soviética. Sabíamos de los conocimientos y desvíos de Visarionovich en materia de teología, a la cual lo llamaban sus inclinaciones de adolescente; son conocidos sus vastos estudios en táctica y estratégica, probados en defensa de la ciudad que lleva su nombre, y parece ser un hecho su versación en materia de sociología y de gobierno de los hombres. Su saber en materias filológicas es, en rigor de verdad, desconcertante en lo humano. Stalin se manifiesta, según el cable, opuesto al formalismo predominante en las leyes y los rumbos aceptados y seguidos por los sabios lingüistas de occidente.

No conocemos de la lengua rusa más que el alfabeto y algunas declinaciones. No podemos por lo tanto someter al análisis las opiniones de Stalin. Pero recordamos una fecunda observación de nuestro amigo el doctor Rochester, discreto y erudito profesor en estas materias. Nos decía que en la lengua de Lérmontov y Turgueniev, las etimologías de las palabras no siguen el rumbo natural de las formas como en la filología románica o germana, por ejemplo, sino más bien la vía de los significados con un cierto encanto poético.

En materia de orígenes verbales, en español, decía con autoridad don José Manuel Marroquín:

De escribir sale escribano,
escribiente y escritor:
¿de dónde has salido tú
miserable escribidor?

En ruso las derivaciones no siguen vereda tan servil. Las palabras conducen el criterio del investigador por rutas ideales como para demostrar la tesis de los simbolistas acerca de la teoría de que el símbolo está en el orto de todos los idiomas. En ruso la palabra con que se indica esa fuente de vida que es el sol (sbetilo) da origen a todos estos vocablos: luz, color, flores, y otras muchas que en idiomas, como el español, a pesar de su semejanza ideal, carecen en absoluto de lazos formales en otras lenguas.

Estas coincidencias de los estudios gramaticales con el gobierno de los hombres, no son precisamente un fenómeno exclusivo de la Rusia contemporánea. En un tiempo se dijo de Colombia que para llegar aquí a la presidencia de la república era condición indispensable haber escrito una gramática o algún tratado sobre materias semejantes. Don Santiago Pérez, don Miguel Antonio Caro, escribieron gramáticas, el uno de la lengua española, y el otro, en colaboración, de la del Lacio. Tratando de enseñar ortografía, Marroquín educó el oído de los adolescentes, durante varias generaciones, en la apreciación del ritmo y de la rima, en versos sin sentido, como ahora se usa, y la gratitud de esas generaciones le llevó a la presidencia de la república, puesto a que después fué elevado por sus copartidarios Marco Fidel Suárez, autor de *Estudios gramaticales* y de otras obras del género.

Decía por esto don Jorge Holguín que no había, en 1896, dos instrumentos de dominio más poderoso sobre los colombianos que la gramática y el acueducto. Gobernaba entonces el señor Caro y era gerente del acueducto, con facultades omnímodas, don Ramón Jimeno. Y agregaba don Jorge: "Figúrense ustedes cuál sería la condición humana de los bogotanos si al señor Jimeno le ocurriera, de un momento a otro escribir una gramática. Llegaríamos a la más absoluta de las dominaciones. Por fortuna parece que este peligro no es inminente. Don Ramón no adolece de proclividades en el sentido de la filología. Pero ¿qué sería de nosotros si al señor Caro llegaran a nombrarle gerente del acueducto?"

B. S. C.

Octavio Jiménez A.

ABOGADO Y NOTARIO

Oficina: 25 varas al Oeste de la Tesorería de la Junta de Protección Social

TELEFONO .....
APARTADO .....

El "Ungrund" de Jacobo Boehme

Por *Alberto REMBAO*

(En *Rep. Amer.*)

Abismo negro y sin fondo del *Ungrund* de Jacobo Boehme. *Ungrund* que se antojaría traducir por "sin suelo", la calidad de lo que no tiene base: la Nada positiva, concreta, que mientras más se esfuma más influye en el cosmos y en el devenir. Nada abismal que no se debe confundir con el caos del primer avatar topográfico anterior a la aparición de la luz. El caos es acontecimiento relativamente tardío en la cronométrica de los *eones*. El "sin suelo" jacobino es concepto de herejía gnóstica del siglo 16, prima en primer grado de la teosofía oriental. El *Ungrund* es modo místico de responder la pregunta de los siglos que todavía permanece sin respuesta. Pregunta de santos y videntes que hoy al medio día y a la hora de los postres ha hecho, con el rostro iluminado de curiosidad sana y sincera, un mocito de 17 años recién cumplidos...

—"Dígame usted, ¿quién hizo a Dios? ¿cómo es Dios?"

El "sin suelo" de Boehme, para comenzar, es instrumento de simbología; es descripción, que no explanación: es como cuadro pintado con colores de ilusión, a la manera de los contemporáneos españoles del alemán que se tiene por delante; es manera de ciencia distinta que se adquiere "estando ya mi casa sosegada", en estado de arranque que se lleva al sosegado hasta otros cielos, más hermosos todavía que los de la ortodoja tradición:

Allí me mostrarías
Aquello que mi alma pretendía,
Y luego me darías
Allí tú, vida mía,
Aquello que me diste el otro día..."

(San Juan de la Cruz: *Canciones...*)

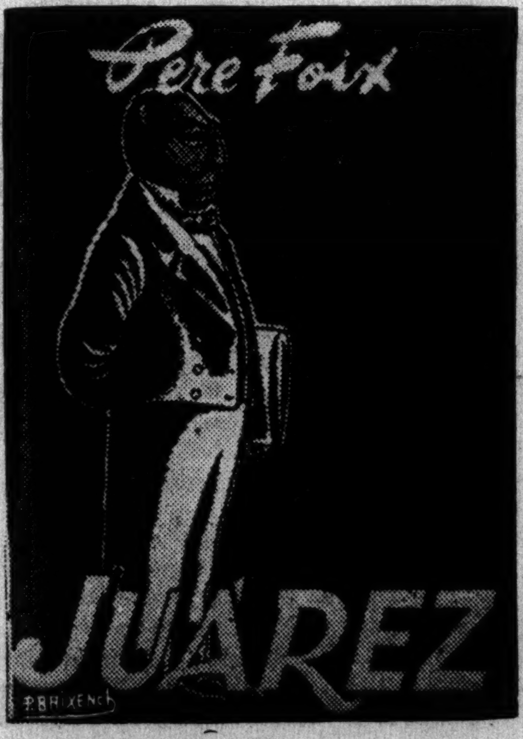
De donde que la promoción jacobina, enraizada en macizos de neblina mística, quede aparte y afuera de todo análisis racional. De donde que no se la deba confundir con el misticismo de la doctrina neoplatónica; porque con Boehme la Deidad no es Esencia; que será, más bien, Voluntad. "En el Principio era la Voluntad pura y desnuda, sin ley y sin fin". Se anda aquí por las orillas del Rig-Veda y del Upanished. Por ello que a la noción se la tilde, aparte de gnóstica, de teosófica... Como en el Rig está escrito:

"En el Principio, por tanto, se levantó Deseo. El Deseo: semilla y germen primeval del Espíritu..."

"La Voluntad primeval, con Boehme, se manifestó en dialéctica dinámica, que a su vez se tradujo en movimiento triple: en primer lugar, la Voluntad indeterminada (el Padre) se hizo real en la Mente Eterna (el Hijo) y entonces el proceso se autodesenvolvió en el Espíritu, procedente de los dos primeros. He aquí el eterno dinamismo teogónico que después habría de asumir el aspecto de la dialéctica trinitaria..." (Matthew Spinka, en *Nicolas Berdayev, captive of freedom*. p. 119).

El "sin suelo", la Nada primitiva es como matriz inmensa que es de tomarse como "Madre de Dios", valiera decir. Es a saber, la primera vibración, el primer gemido, la primera forma fenomenal de la Deidad... concebida en términos del Rig-Veda; que no a la usanza de la tradición cristiana. Estamos en que Deidad y Dios (el Padre) no son idénticos. El *Ungrund* de Boehme equivale quizás al Brahma del Indostán: Brahma se expresa en Tríada: Parabrahma, Vishnú y Shiva. Parabrahma es expresión de Brahma; pero no es el Brahma. Del mismo modo, Dios el Padre es expresión de la Deidad; pero no es la Deidad. La Deidad se expresa en la Trinidad, de la cual el Padre es solamente un ángulo. Dios el Padre por sí solo y de por sí no es suficiente —ahora en la cosmogonía cristiana, ahora en la teología bíblica—. El Padre permanece oculto, a menos que el Hijo lo revele. El Hijo se queda "sin pies y sin manos" a menos que el Espíritu Santo lo hipostatice en el devenir.

Tal parece que con Jacobo Boehme la Deidad procede del *Ungrund;* pero en última instancia ese "sin suelo" existe en una especie de campo eléctrico de Deidad. Se tiene una Nada original que es Algo: un Dios que sale de la Nada: una Nada que es Dios. (Es decir, Dios en sentido de Deidad original sustantiva). Con lo que la pregunta se contesta siquiera sea provisionalmente: una Deidad que sale de sí misma. Aquí se repite la pregunta del mocito de esta crónica: "Y, ¿quién hizo a Dios?" La pregunta: que Dios se hizo a sí mismo. En cuanto a la segunda: "Y, ¿cómo es Dios?" La respuesta queda fuera del predio de la razón y se tiene que sacar del campo de la fe: A Dios nadie le vió, excepto por interpósita persona, en el Hijo que se lo revela al mundo, en la carne y en el tiempo; porque no hay a mano otra teología que la que se encarna en un Hombre-Dios, como Krishna, o como Rama. Ahora, entre gentes de Occidente, el principio se expresa diciendo que el único Dios cognoscible, y asequible, es el que por Gracia se nos da en el Cristo. Es a saber, que Dios es como Cristo; y que a la vista humana no le es dado contemplar otra imagen de la Deidad primigenia que la que por siempre resplandece en Belén y en el Calvario...



Completa y documentada biografía del Benemérito de las Américas. En Costa Rica se vende en la Adm. de Rep. Amer. *y en la Librería* Trejos Hnos.*, al precio de* ₡ 8 *el ejemplar. Pida el exterior:* 1 dólar. *Pídalo, acompañado de su importe, a Ediciones Iberoamericanas. Apartado Postal* 1784. *México D. F.*

REPERTORIO AMERICANO

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:
EDITOR
Sus. mensual ₡ 2.00

CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York

Noticia de libros

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

De la América que estudia, nos llegan:

Pere Foix. *Pancho Villa*. En las Vidas Mexicanas de las Ediciones XOCHITL. México. 1950.

Pancho Villa surge impetuoso y varonil del choque violento de las pasiones que dominaban en el campo mexicano en los últimos años del siglo pasado para encuadrarse, en 1910, en las filas de la Revolución maderista y cuya recia figura con el tiempo va adquiriendo el relieve de los hombres que en los fulgores del incendio revolucionario supieron elevarse a la categoría de héroes. Dramática vida de un hombre de temperamento arrebatado que ha penetrado en el corazón de las multitudes y que se ha convertido en uno de los mexicanos más discutidos en el mundo entero.

Pere Foix lo presenta tal cual era en su accidentada actuación, con sus virtudes y sus defectos y, con la pulcritud y honradez literarias en Pere Foix reconocidas y que le han asegurado el respeto y la admiración de sus numerosos lectores a la vez que le han conquistado un lugar de honor en las letras hispanoamericanas, se adentra en el ambiente del México prerrevolucionario, el cual engendró a Pancho Villa, construyéndole el pedestal que ha inmortalizado su nombre.

Primorosamente impresa, esta biografía consta de 280 páginas con cinco ilustraciones, carátula a dos tintas.

Precio del ejemplar *seis* pesos m. mex.

Exterior: Un dólar que se enviará con el pedido.

Alice Lardé de Venturino: *Fórmulas gráficas prácticas de Vitaoculiscopio y Oculisvita*. Procedimiento de investigación científica en el sistema ocular in vivo: la vida celular y en la constitución de la materia. Diciembre 1946. Montevideo, Uruguay.

Con esta carta de la autora:

Muy ilustre señor:

Tengo el honor de enviarle este pequeño folleto que contiene algunas de las variadas Fórmulas Gráficas Prácticas, respecto de tres procedimientos de investigación científica en el Sistema Ocular in vivo, *denominados, respectivamente,* Oculisvita, Vitaoculiscopio *y* Espejioculiscopio, *que he tenido la excepcional felicidad de descubrir.*

Ruego a usted que, como eminente investigador, me ayude en las labores de comprobación de todo o parte de cuanto en dicho folleto expongo, especialmente lo relacionado con el órgano de la visión in vivo.

Para lograr el más completo éxito en los mencionados trabajos de investigación, es necesario utilizar en forma combinada, todas las Fórmulas Gráficas Prácticas, valiéndose no sólo de los cristales, espejitos y metales pulidos en la exploración del Sistema Ocular propio, sino también efectuando investigaciones directas en los ojos de las demás personas —niños y adultos— así como también en los de los perros, gatos y otros animales.

Le quedaré profundamente agradecida, si una vez que usted haya comprobado la bondad de estos sistemas de investigación científica, me hiciera el favor de darlos a conocer al mundo de la ciencia, mediante artículos periodísticos y conferencias, y me enviara su juicio respecto de los mismos.

Por ese inmenso favor que tendrá por única misión la de estimular a los demás especialistas del mundo, a estudiarlos y utilizarlos en bien de la Ciencia y de la Humanidad, le serán asimismo deudoras las generaciones futuras que resultarán las más directamente beneficiadas con dichos descubrimientos y su aplicación en el estudio, a fondo, de sus órganos visuales in vivo.

Alice Lardé de Venturino.

Poste Restante.
Correo Central.
Montevideo, Uruguay.

Estos cinco cuadernos de trabajos colectivos e individuales del Seminario Regional de Educación en la América Latina. Caracas. 1948.

Los distribuye el Departamento de Asuntos Culturales de la UNION PANAMERICANA.

Organizaron este Seminario la Unión Panamericana, la UNESCO y el Gobierno de Venezuela.

Entérese:

1.—*Alfabetización y educación de adultos.*
2.—*Educación rural.*
3.—*Educación vocacional.*
4.—*Formación de maestros.*
5.—*Educación para la paz.*

Adquiéralos, estúdielos; hay mucho bueno que aprender en ellos.

STECHERT-HAFNER, Inc.
Books and Periodicals
31 East 10th Str.-New York 3, N. Y.
Con esta Agencia puede Ud.
conseguir una suscrición al
Repertorio Americano

Marco Tulio Zeledón, de la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica: *Historia Constitucional de Costa Rica en el bienio 1948-49*. San José. Costa Rica. 1950.

Es un folleto que explica las cosas con sinceridad y valor. Es de los folletos que los estudiosos del porvenir andarán buscando.

La benemérita Editorial KAPELUSZ, en Buenos Aires, nos llega con esta obra:

Nociones de Ciencias Físico-Químicas. Por Santiago A. Celsi y Alberto D. Iacobucci.

Responde a los nuevos Programas del 2do. año del Ciclo básico.

20 capítulos. Numerosas gráficas.

Un profesor que guíe y un texto que aproveche el espíritu curioso y observador del joven, que llame su atención acerca de la lección de las cosas que se ven y actúan a su alrededor, en el mundo en que actúa.

Como envío del autor, atención que agradecemos:

Luciano Rottin: *El problema de la vivienda*. Buenos Aires. 1950.

En tres capítulos: El ideal de la casa propia. Las dificultades. Las soluciones.

Estudio útil, oportuno. Los dirigentes preocupados de estas patrias, que lo lean. *La vivienda sana, cómoda y eficiente, es la base de la grandeza de la Nación.*

En el fondo de este problema, hay una cuestión moral y educacional. Buscarle también las soluciones legales y financieras.

Este libro lo puede guiar. (Hay ejemplares disponibles).

Señas del autor:

Solís 6741. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Recuerdos y afectos nos trae este libro y hemos de cuidarlo hasta el fin:

Pedro Henríquez Ureña: *Antología*. Selección, Prólogo y Notas de Max Henríquez Ureña. Librería Dominicana. Ciudad Trujillo. Rep. Dominicana. 1950.

En la Colección Pensamiento Dominicano.

Se titula el Prólogo: *Hermano y Maestro* (Recuerdos de infancia y juventud).

Evocación en que hay ternura y doctrina.

"Desde tan temprana época adquirimos el hábito de leer juntos, que conservamos hasta muy avanzada nuestra juventud".

"A veces nuestra madre nos traducía, leyéndonos unas cuantas páginas por día, algún libro que nos interesaba conocer".

"La personalidad de Pedro se singularizaba por su temperamento de maestro. Conversar con él era aprender. Enseñaba, enseñaba siempre, con naturalidad y sin esfuerzo ni vano alarde de saber. En todo momento era, por excelencia, maestro".

La selección de escritos de Pedro, muy satisfactoria.

Gracias, Max, por el envío.

Con el autor:
Dr. Max Henríquez Ureña.
99-22 67th. Road
Forest Hills, New York. U.S.A.